

ESTANISLAO MAESTRE

EL MANTÓN DE MANILA

(NOVELA)

MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
MESONERO ROMANOS, 10
1910

EL MANTON DE MANILA

Handwritten signature or mark, possibly a stylized letter 'R' or 'B', located in the upper right quadrant of the page.

ESTANISLAO MAESTRE

El mantón de Manila.

(NOVELA)

MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
MESONERO ROMANOS, 10
1910

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

«Imprenta Ibérica»—Pozas, 12, MADRID.

A mi querido amigo
D. Guillermo Herrero.

El Autor.



I



LEGADA la hora de dejar el trabajo, el regente llamó á José Luis: tenía que hablarle. En cuanto terminara de arreglarse podía pasar al despacho.

El muchacho se lavaba las manos perezosamente, como tratando de retrasar aquella entrevista, que nada bueno le auguraba. Mientras, los compañeros le gastaban bromas.

Era un buen aprendiz de cajista; pero sus aficiones taurinas le ocasionaban bastantes disgustos. Sus compañeros hacían con él diabluras, y hasta quisieron cortarle el apéndice capilar con las tijeras del encuadernador. José Luis aguantaba cachazudo aquellas bromas, y ante su pasividad decían los otros: «Tiene buena pasta ese muchacho.»

Como vieran que no se molestaba, le atacaron por el único punto sensible:

—Ya puedes hacer un lío con el componedor y las pinzas.

—¡Lástima que aún no hayan empezado las capeas!, porque ahora sí que se te presentaba buena ocasión...

—Como no fuera á torear panecillos...

—¿Podéis dejarme en paz? ¿Qué gozo halláis con mortificarme? ¿No sabéis que me pongo frenético cuando pienso que puedo quedarme sin trabajo? Tenéis malas entrañas.

Al verle dirigirse al despacho, le acompañaron compadecidos. ¿Serían verdad aquellas chirigotas? Se aproximaba el verano; el trabajo disminuía. Tal vez iban á comenzar los *mochuelos* por José Luis. ¡Maldito verano! Era la pesadilla de los del oficio, que apenas si durante el invierno habían podido pagar las trampas. Ahora, vuelta á empeñar los cuatro trapos que adquirieron á fuerza de privaciones, y á pedir fiados los comestibles, para tener que abonarlos á doble precio. Y menos mal si no se los negaban.

Se quedaron cerca de la puerta para ver si escuchaban algo. Pero el señor Prudencio cerró

la mampara. No quería regañar á ningún operario en presencia de los demás. Después encarróse con el muchacho.

—Estoy muy quejoso de ti.

—Usted dirá por qué, señor Prudencio.

—Debías figurártelo: no adelantas nada, y de seguir así, me veré obligado á despedirte.

—¿Qué quiere usted que haga? ¿No pongo de mi parte todo lo que puedo?

—Sí; pero, por lo visto, puedes bien poco.

—Hago tantas líneas como cualquier «paquetero».

—Pero muy mal, y hay que emplear más tiempo en corregirlas, que el necesario para hacerlas nuevas. Ahí tienes la prueba del último «alcance» que has compuesto: entre las muchas «moscas» y «mochuelos» que has sacado, hay unos *ojos* con *h* que parten los corazones.

—¿Y qué quiere usted que haga, si no tengo instrucción? Cuando otros muchachos empiezan á estudiar la ortografía, yo vine aquí para aprender el oficio y ayudar á mi madre con lo poco que gano. Pero á voluntad, bien lo sabe usted, no me gana ninguno de la casa.

—Con eso no basta. Es preciso que te fijes en

lo que haces. Ya sabes que te aprecio, y por eso te hablo así; pero si el dueño ve cualquier día tus pruebas, de nada servirá mi buena voluntad. Debes elegir entre el oficio ó el toreo; pues mientras continúes con esas chilladuras dentro de la cabeza, no llegarás á ser un buen tipógrafo.

—Si no puedo, señor Prudencio; si están tan arraigadas en mí que no pienso en otra cosa.

—¿Estás viendo?; lo que yo te digo.

—Es que en el toreo veo yo la única manera de realizar mis ambiciones, señor Prudencio. Porque yo tengo ambiciones, y muy grandes. Yo ambiciono ganar mucho dinero para que mi madre no pase apuros y pueda enseñar á mis hermanos lo mucho que me falta que aprender. Y trabajando, demasiado sabe usted que no podré conseguirlo.

—Confórmate con tu suerte, como yo me conformo con la mía. Treinta años llevo de oficio y no he pasado hambre una sola vez. Es verdad que tampoco he podido comprarme automóvil.

—Reconozco que es bueno y honrado trabajar; pero esto no es vivir: siempre esperando que al cobrar el sábado nos digan que ya no hacemos falta. Además, ¿qué porvenir nos espera?

Llegar á viejos con cinco ó seis pesetas de jornal, mientras tengamos vista y energías, y cargados de hijos que nos pidan pan. Luego, un asilo, si hay plazas vacantes. La industria tipográfica está perdida. Ahí tiene usted al dueño, al burgués, como le llaman los compañeros en los mitins: veinte años amasando una fortuna, que nunca llega, y el día que se muera, no podrá dejar á sus hijos una peseta.

Ante la ingenua locuacidad del muchacho, callaba el regente, y con la cabeza baja, fumaba sin cesar, como si fuese él quien había de sufrir la reprimenda. Ya en terreno firme, José Luis continuó:

—Tal vez se reirá usted de mis pretensiones; pero yo no concibo la vida de otro modo.

Y aquel filósofo de quince años comenzó á relatar sus proyectos.

No tenía miedo á los toros, como afirmaban los compañeros del taller, unos guasones sin corazón, que á veces le lastimaban profundamente con sus bromas pesadas. Cuando se tiene hambre, todos los demás afectos nos son desconocidos. ¿Que los toros causan víctimas? ¿Acaso no las produce el hambre? Si alguna alma pia-

dosa llevase una estadística de las personas que anualmente mueren por falta de alimentos, la humanidad, aun dentro de su carácter egoísta, quedaría aterrada.

¿Y los oficios? ¿No se cae un albañil de un andamio y se despanzurra por dos pesetas? En su mismo oficio tenían el cólico saturnino, la intoxicación por el polvo de la letra. Eran las quiebras de las profesiones. Sólo que en unas están bien retribuidas, como ocurre en el toreo; mientras que en otras, miserablemente. Toreando ocho ó diez años con suerte, se hace una fortuna.

Para atajarle en su verborrea de iluso, el señor Prudencio le citaba muchos casos de toreros que, después de una larga y constante exposición de sus vidas, arrastraban ahora una vejez misérrima: vivían del sable ó empleados en profesiones poco honrosas. Por ahí andaba uno que, luego de haberse despedido del público tres ó cuatro veces, vivía á la sombra de las casas de juego, ó de lo que cotizaba en ciertos sitios á título de «guapo». Ya veía que no todo eran fortunas.

—Esos no sintieron la afición como yo la sien-

to, ni tuvieron valor, ni se debieron poner la ta-
leguilla; esos se echaron hacia atrás apenas su-
frieron un revolcón. En cambio, ahí tiene usted
esos otros—y citaba los nombres—que jóvenes
aún se han retirado de su profesión con muchos
miles de duros y buenas fincas. Ya sabe usted
que hay quien cobra seis mil pesetas por corri-
da y torea cincuenta ó sesenta al año. ¡Eso es
ganar!... ¡¡Seis mil del ala!!, señor Prudencio. Lo
que no gana usted en un año, con haber llega-
do á ser un maestro de la Tipografía. ¿Que ex-
ponen su vida? Todos la exponemos.

El regente no encontraba argumentos que po-
ner frente á los del aprendiz. Si él recordase al-
gún compañero que trabajando hubiera conse-
guido hacer un capitalito, con cuánta elocuen-
cia habría citado el caso, para convencer al vi-
sionario muchacho... Pero por más que tortu-
raba su imaginación, no hallaba ninguno. Y se-
guía fumando, en espera del final de aquella en-
trevista; en la cual, de juez, parecía haberse tro-
cado en reo. El no esperaba convencer al mu-
chacho, lo estaba viendo; pero buen chasco se
llevaría José Luis si creía aplanarle con sus ar-
gumentos. Al final se verían.

Ante el silencio del maestro, el aprendiz arremetía cada vez con mayores bríos.

—¿Quiere usted otra prueba?

—Es inútil.

—Lea usted los periódicos: cuando ocurre cualquier percance á un torero, dedican tres ó cuatro columnas de mazorril al relato de la cogida, y publican la biografía y el retrato del torero. Cuando un albañil se estrella al caer de un tejado, ó aplastan los topes de dos coches á un mozo de estación, con una docena de líneas salen del paso. Si muere un torero, que siempre es un buen hijo ó un padre amante de los suyos, se abren suscripciones para socorrer á las víctimas, ó se celebran corridas en su beneficio; nadie se acuerda de los hijos del obrero: á pedir limosna, ó al asilo. Sólo cuando ocurre una catástrofe de esas que conmueven á una población, se hace algo práctico; pero bien poco, porque entonces las víctimas son muchas y la caridad no suele ser muy pródiga. Desengáñese usted: hay que seguir otro camino cuando se siente uno con ánimos para no hacerse viejo en el que ahora estamos.

Tampoco á esto supo qué replicar el señor

Prudencio. Ya otras veces, en su horror á la fiesta taurina, se la había pintado con las negras tintas de la barbarie. Era aquel un espectáculo indigno de una nación culta. ¡Las víctimas que tenía á su cargo!...

Pero también en aquellas ocasiones el muchacho se había defendido valientemente. Qué, ¿no las ocasionaban asimismo los otros deportes? Sólo que esas víctimas no tenían resonancia. Por cada torero que dejaba de existir, perdían la vida un centenar de aficionados á la pelota, al balompié, á la aviación, al automovilismo, á las regatas, á la caza, á la equitación...

—Sí, señor Prudencio—continuó José Luis—: estoy decidido: aunque me asegurasen que perdería la existencia la primera vez que pisase la plaza vestido con el traje de luces, no me viera usted acobardado. Lo que yo procuro evitar es hacer el aprendizaje andando hecho un golfo por los pueblos, á caza de porrazos de esos cornalones de seis ó siete años, lidiados en todas las capeas, que hasta saben latín.

El regente aprovechó aquel resquicio para decirle:

—Porque te falta corazón.

—¡Qué me ha de faltar! No se crea usted que me asusta porrazo más ó menos. Lo que me espanta es pensar que, por culpa mía, pasaran hambre mi madre y mis hermanos, por faltarles un día la miseria que yo gano. Deje usted que haya una capea en domingo, y entonces verán si me arrimo ó no. Me faltará arte, porque ninguno nacemos enseñado; pero valor... En fin, ya lo verán ustedes. ¿Manda usted algo más?

—Que tengas presente lo que te he dicho, y que procures enmendarte.

—Descuide usted, señor Prudencio. Y muchas gracias por su buena intención.

Al verle marchar satisfecho, el regente exclamó:

—¡Pobre muchacho! ¡Cada día está más engreído!

A la salida le abordaron los compañeros, y como les dijera que no había nada de despedida, se marcharon contentos á sus casas. Aún les quedaba por delante una semana de tranquilidad.

Lo mismo que al señor Prudencio, ocurría á la madre de José Luis: no se hallaba con fuerza suficiente para quitarle aquella afición.

Cada vez que la pobre mujer hablaba con el muchacho, sufría un disgusto. Le costaría la vida aquel locuelo. Y en su amor de madre, le veía enganchado por un toro, que le arrojaba á lo alto, y luego, ya en el suelo, le corneaba hasta hacer hilachas aquellas carnes criadas á fuerza de tantos trabajos. Sentía como si los cuernos desgarrasen sus propias carnes.

Las vecinas, al escuchar sus sollozos, acudían cariñosas. Ojalá sus hijos tuvieran aquella afición.

—Hablan ustedes así porque no la tienen; porque no temen que el día menos pensado se los traigan en una camilla, ó las avisen de que están agonizando en un hospital.

—Es que usted lo ve todo muy negro.

—¡Lucidos están los nuestros!

—Andan de taller en taller, escuálidos, con el hambre pintada en sus caras.

—Ni para jabón ganan los míos, señora Paca.

—Debe usted dejar al muchacho, puesto que ha «salfo» con esa inclinación. No es la cosa tan arriesgada como usted la pinta. Ahí, en el principal exterior, tiene usted á Galíndez, el banderi-

llero: lleva más de veinte años toreando y no ha sufrido más que algún arañazo.

—Y vea usted cómo viven.

—El cuarto, parece un palacio.

—¿Y el lujo que gastan su mujer y su hija?...

—¡Pues no digamos nada de pedrería final!...

—Y apunte usted que no ha querido «echarse á mataor»; de haberlo hecho, hoy vivirían en un «mannífico» cortijo, como viven otros que empezaron después que él.

—Allá usted, señora Paca, que es su madre, y para tener derecho sobre él, ha sufrido el trabajo de parirle y criarle; pero yo creo que echa usted á perder al muchacho con su afán de quitarle de la cabeza eso del toreo.

Y seguían así, como envidiosas de que no hubiera llamado á sus puertas aquella fortuna que ya les parecía ver colándose de rondón por las de la señora Paca, ¡qué suerte de mujer!, y que ella arrojaba á escobazos.

La madre las escuchaba resignada; como la bestia que al quejarse de un trabajo excesivo recibe por único alivio una descarga de palos. Renunciaba á todo con tal de que el hijo de sus entrañas no estuviese expuesto á perder la vida,

y aquella pobreza en que se hallaba parecíale ahora la felicidad suprema.

Era una locura aquella ambición del muchacho. ¿De dónde le salían á José Luis aquellas ansias de ser rico? ¡Y á costa de cuántos peligros pensaba amasar los tesoros con que quería regalarle! ¡Oh, no! La miseria, el hambre mil y mil veces, antes que ver á su hijo en peligro.

Ella pensaba así. Las demás podían pensar como quisieran.



II



E habían criado juntos desde pequeños, y las comadres del barrio profetizaban que Isabel y José Luis harían una buena pareja. ¡Vaya unos muchachos guapos! Parecían hechos el uno para el otro.

Cuando jugaban en la plazoleta, todas las preferencias de José Luis eran para Isabel. Los otros muchachos no podían tocarla al pelo de la ropa, porque en seguida asomaban los puños del gallito, dispuestos á hinchar las narices al más guapo. Era su novia y no consentía que nadie la pusiera la mano encima. Para eso estaba allí él, que era muy hombre; ¡pero muy hombre!

En cuanto atrapaba cualquiera golosina, salsa escapado á compartirla con la muchacha; que

admitía semejantes finezas con el instinto de la niña bonita que se deja mimar.

Los padres veían aquello como cosas de chicos, y cuando alguien les indicaba que tales juegos tenían sus peligros, respondían:

—¿Quién sabe lo que puede ocurrir, andando el tiempo? Además, ¿qué inconveniente hay en que lo que ahora son chiquilladas tome luego carácter de relaciones formales? De obreros han nacido y no hay por qué pensar en que vengan príncipes á casarse con ellos.

—¡Cambian tanto las cosas!... ¡Da el mundo tantas vueltas!...

—¿Para qué vamos á preocuparnos hoy de eso? Pareceríamos á María la tonta, la del cuento de la hachita.

Pasaron los años sin que en el eterno mudar de las cosas ni en el constante voltear del mundo, cambiaran de opinión los muchachos. Isabel había cumplido quince años, y trabajaba en un taller de sombreros de señora; José Luis, que tenía al caer los dieciséis, estaba de aprendiz en una imprenta.

Por las noches, se juntaban en la calle del Carmen, y mientras se dirigían hacia sus casas,

continuaban jugando á los novios. Los padres no oponían el menor reparo. Dios lo habría dispuesto así... Dejarlos.

Pero cuando murió el padre de José Luis, cambiaron las cosas. Quedaba la viuda con cinco hijos y sin más recursos que la peseta que ganaba el mayor. Algunas vecinas la indicaron que debía meter á los pequeños en un asilo. ¿Cómo iba ella á ganar para mantener tanta boca?

La señora Paca protestó como una leona:

—No; eso no. Jamás me desprenderé de mis hijos. ¿Me han tomado ustedes por una de esas perras que se dejan hacer hijos para echarlos luego á la Inclusa? Si no pueden ayudarme, déjenme en paz con mi pobreza; pero no intenten separarme de ellos.

—Nos está usted ofendiendo, señora Paca.

—No ha comprendido usted nuestra intención.

—Lo decimos por el bien de esas criaturas, que en un asilo recibirían enseñanzas que usted no podrá darlas. Usted puede hacer lo que quiera; mas tenga presente que nuestras intenciones son buenas.

—Y yo las agradezco; pero no vuelvan á mentarme eso de la separación, porque me pongo

frenética, y no respondo de mí. ¿Lo oyen ustedes?

Y las amenazaba con los puños.

—Sí; lo oímos, señora Paca.

—Mis hijos vivirán á mi lado, y lo que sea de mí, será de ellos. Iré al río; trabajaré como una fiera de la noche á la mañana, y sólo cuando ya no pueda más, cuando mi cuerpo caiga rendido de fatiga, conseguirán separarme de ellos; pero mientras yo aliente, mientras tenga fuerzas para reventarme trabajando, vivirán conmigo, con su madre. Dios es bueno, y cuando sale el sol, á todos calientan sus rayos. Aún tengo energías para ganarme dos pesetas en una banca; con eso ya tenemos para pan; el agua no cuesta dinero.

La dejaron con sus opiniones. Tal vez ellas habrían hecho lo mismo de encontrarse en su lugar.

Entonces comenzó la señora Paca una lucha tenaz para hacer frente á la miseria que se colaba por la puerta de su casa. Las tres pesetas no eran bastante para hacerse la ilusión de que comían. Se vió pecisada á ir llevando á la tienda de empeños los cuatro trapos que tenía. Detrás fueron los trastos á manos de un prendero.

Por más que hacía nunca llegaba el momento de ver reunidas las pesetas necesarias para satisfacer los alquileres. A los tres meses de atraso, la echaron del cuarto, y á la calle habrían ido á parar los míseros camastros, de no ofrecerle la portera una guardilla que tenía desocupada.

—No estará usted muy bien en ella; pero mejor que al aire libre...

—Gracias, gracias, señora Filomena. Que Dios pague á usted el bien que nos hace.

Tuvieron un cuchitril en que recogerse; pero esto no era bastante. Los pequeños, que se pasaban en la calle la mayor parte del día, de tal modo destrozaban la ropa, que aun estándose en vela la mayor parte de las noches, no conseguía la señora Paca vérsela recosida.

Lo que más atormentaba á la viuda, era que su José Luis, aquel hombrecito que le entregaba seis pesetas todos los sábados, tenía que llevarse á la imprenta una mezquindad de comida, que algunas mañanas desaparecía por el camino, para acallar el hambre, nunca satisfecha.

Por entonces comenzaron los padres de Isabel á llamarla al orden. Cuidado que la viesan

por la calle con José Luis. Debía ir amortiguando aquella amistad, puesto que nada bueno podía sacar de ella. En cuanto á noviajos, ni pensarlo. No es que pretendieran casarla con un título, aunque otras cosas más difíciles se habían visto; pero tampoco con aquel muchacho, que no tenía sobre qué caerse muerto.

—¡También ustedes se ensañan con esa familia, porque la ven caída!

—A callar, chiquita. Nosotros hacemos nuestro deber; haz tú el tuyo.

—El mío es seguir queriendo á José Luis, porque es bueno y honrado.

—Otros tan buenos y tan honrados andarán por ahí, mejor vestidos, que vengan á buscarte cuando sea su tiempo.

—Pues perderán el viaje; porque yo me casaré con José Luis ó permaneceré soltera toda la vida.

—Si fuésemos á tomar en serio tus palabras, sería cosa de hablarte de otro modo.

—Pues tómenlas ustedes: como pienso hoy, pensaré siempre, siempre. No lo duden.

Los padres de Isabel buscaban apoyo en los vecinos.

—¿Ven ustedes cómo se pone esta mocosuela?

—Ya cambiará—les contestaban—; todavía es una chiquilla. De todos modos, convendrá que la vigilen.

—Ya lo hacemos, y ¡pobre de ella y de él como un día les encontremos juntos!





III



A señora Paca comenzó á envejecer rápidamente, como si fueran años los días que pasaban por ella. Aquellas faenas dentro de la banca, lavando inmundicias de sol á sol, la aniquilaban.

A la hora de comer, las compañeras menos necesitadas le ofrecían vino:

—Vamos, señora Paca: eche usted un trago. Esto sienta bien al cuerpo y se adquieren mayores bríos para trabajar.

—Gracias; no puedo; me haría daño. Mi estómago, acostumbrado á vigilia perpetua, no podría resistirlo. Muchas gracias. No se molesten.

Y para amortiguar sus penas, restregaba con tal rabia las ropas sucias, que el ama aseguraba

no existir en todo el Manzanares una ayudanta como la señá Paca, la viuda.

Al llegar las heladas, cayó enferma en la cama. El médico, apenas la examinó, dijo que no tenía más enfermedad que una miseria fisiológica, que no podría resistir si no se apiadaba de ella alguna alma piadosa. Allí no eran precisas medicinas, sino alimentos y descanso.

Le escuchaba apenada. Cuando acabó de diagnosticar, le dijo:

—¡Descansar!... ¡Alimentarme!... ¡Qué bien se dice eso, señor!

—Pues es lo único que yo puedo recomendarla.

—Con una peseta que entra cada día en mi casa... ya comprenderá usted que no puedo... somos cinco bocas...

—Entonces, tendrá usted que ir al hospital.

—Prefiero morir aquí, al lado de mis hijos. Así, al menos, tendré la dicha de darles el último beso, cuando ya mis labios estén fríos. Separada de ellos, moriré en seguida.

Aquel médico, joven, recién licenciado, no tenía valor para escuchar á la enferma. Sacó del bolsillo unas monedas y se las entregó.

—Remédiese; no puedo más. Yo también soy un pobre obrero que lucha por el pan. Veré si de la Casa de Socorro pueden enviarla alguna cosa.

Salió escapado antes de que la enferma pudiera darle las gracias.

Por la noche subió doña Soledad, la «torera», como la llamaban las vecinas. No era amiga, ni siquiera trataba á la enferma; pero en semejantes ocasiones es cuando se ve quién tiene corazón.

Con acento cariñoso la dijo:

—No podré hacer mucho; sin embargo, mientras esté usted enferma, no ha de faltarla un buen cocido. Aquí le traigo una botella de Jerez y unos bizcochos; pero para usted, ¿eh?; no vaya á dárselos á estos zanguangos. Sí; zanguangos; no me miréis así: á vosotros, ya os daré pan.

La enferma se incorporó con trabajo, y cogiendo las manos de doña Soledad, se las besaba febrilmente: no se le ocurría otro modo de manifestar su agradecimiento.

—Quietecita, ¿eh? Esto no vale nada, ni las gracias. ¿No haría usted lo mismo si yo tuviera la desgracia de hallarme en su lugar?

—Dios no lo permita. Pero si ese caso llegara, me parecería poco ofrecerla mi vida, como recompensa de su generosidad... Gracias á usted, mis hijos tendrán madre... si, como dice el médico, mi enfermedad sólo es el resultado de una mala alimentación y un trabajo excesivo.

—Sí, la tendrán: yo me encargo de ello. Esté usted tranquila. Para que estos diablejos la dejen en paz, ahora mismo se bajan á mi casa, donde les tengo preparada una golosina. Ya veréis cómo os gusta...

Y besaba á los niños con ese amor de las madres del pueblo. Como les viera hacer «pucheros», les dijo:

—No pongáis esas caras tan feas: en mi casa no nos comemos á los niños. Al contrario, jugaréis con Lolita, mi hija, que tiene muchos juguetes y un libro con más de quinientas postales. Veréis como luego os cuesta trabajo salir de allí. Vamos, tontines.

Pero los niños se arrimaban á la cama, como si quisieran incrustarse en ella. Fué preciso que la madre se lo mandara, y aun así obedecieron de mala gana; como si temiesen una separación eterna.

Las vecinas se hacían lenguas del rasgo de la «torera».

—¡Vaya un corazón!

—Esas mujeres, acostumbradas al peligro constante en que viven sus maridos, tienen una sensibilidad extraordinaria, y no pueden ver una desgracia sin remediarla.

—Eso es una señora, y no las otras pelambres del exterior, burguesas indecentes que no dan los buenos días por temor á que se les pegue nuestra miseria.

De una á otra boca, la noticia crecía hasta tomar proporciones colosales.

—¿Se ha enterado usted de lo que ha hecho la «torera» con la señora Paca?

—Sí; me han dicho que corre con todos los gastos de la enfermedad y va á prohijar á los cuatro pequeños para darles carrera.

—¡Eso es una mujer!, señora Remigia.

—Quien pudiera hacer otro tanto, señora Juana.

Y estimuladas con el ejemplo de doña Soledad, acudían las de los corredores con su pobreza: un par de huevos; una jarra de leche; media libra de chocolate; lo que podían. La cosa

era demostrar que también ellas tenían corazón.

La señora Paca llegó á creer que la Providencia, apiadada de sus desdichas, las ponía fin de aquel modo.

Por la mañana subió doña Soledad.

—¿Cómo ha pasado usted la noche?

—Me parece que ya estoy bien: tales extremos de atención han tenido ustedes conmigo.

—Pues quietecita en la cama. Yo subo á prepararlo todo para que no eche usted nada de menos, y á darla una buena noticia: Galíndez ha pedido para usted el puesto de periódicos del café que pronto abrirá un amigo suyo. Está bien situado, y á poco que le trabaje, creo que ha de ganar más que aperreada todo el día en la banca del lavadero.

—Es usted un ángel que Dios envía para sacarme de esta angustiosa situación. ¿Cómo pagarla?...

—No hablando de ello: de lo contrario, no volveré á subir.

—Quisiera levantarme un poco. Hay tanto que hacer en este cuchitril...

—Ni pensarlo siquiera. Lo que haya que ha-

cer, ya lo haremos nosotras; para eso hemandado que suba Filomena; no tardará en venir: ha ido á la compra. Dentro de dos ó tres días, si está usted bien, se levantará un ratito para que le hagan la cama, y mientras, se baja usted á tomar el sol en mi balcón. Nada de trajinar: se lo prohibo. Y hará usted bien en no desobedecerme. El puesto, puede usted contar con él, y lo mismo con todo lo que necesite para género: nosotros se lo daremos y usted nos lo devolverá cuando pueda. En cuanto á José Luis, si tiene esas aficiones que dicen, mi marido se cuidará de hacerle hombre.

La señora Paca rompió á llorar.

—¿Qué le ocurre?

—¡Ay, doña Soledad, cuánto daño me acaban de hacer sus palabras! ¡Y precisamente cuando tanto bien me está usted proporcionando!...

—¿Por qué?, mujer de Dios.

—José Luis es mi pesadilla. Siempre que oigo hablar de esa maldita afición, me figuro verle en los cuernos de un toro, con las carnes desgarradas y la ropa llena de sangre. ¡Qué quiere usted, doña Soledad! Es una obsesión. Ya comprendo que no debiera hablarla así; pero no

puedo remediarlo. Disculpe usted mi dolor: es mi hijo, el único que me ayuda. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Pensar que un toro pudiera matárame!...

—¿Y por qué se le ha de matar? Ya ve usted Galíndez. En cuarenta años que tiene sólo ha sufrido algunos arañazos. La Virgen de la Soledad protegerá á su hijo como protege á mi marido.

—No puedo remediarlo. Creo que parte de mi enfermedad consiste en los disgustos que me da ese chiquillo.

Y comprendiendo que hacía sufrir á doña Soledad, cambió de tema.

—¿Y los pequeños?

—Tan contentos. Se acuerdan de usted; pero no tienen prisa por subir. Mi Lola está jugando con ellos como si fueran amigos de toda la vida.

Después de preparar todo lo necesario y dar susinstrucciones á la portera, doña Soledad abandonó el cuarto. Se iba acongojada. Las palabras de la enferma la habían hecho daño. Era cierto que aquella profesión ocasionaba muchos disgustos.



IV

ON la apertura del puesto de periódicos, la situación de la familia comenzó á mejorar. Los parroquianos del café simpaticizaron en seguida con aquella viuda, agotada por las estrecheces y los disgustos.

El dueño la enviaba desde la cocina el sobrante de las comidas; con el cual podían mantenerse todos sin gastar un céntimo. Por la noche, José Luis traía el *Heraldo*, y en seguida se marchaba á servir á la parroquia: señores que no salían de sus casas y gustaban de leer pronto las noticias del día. A las once, cenaba, con los ojos cerrados por el sueño, vencido por la larga jornada de trabajo. Luisilla, la menor de las hermanas, tenía que pellizcarle para que se despertara.

—Te van á comer la cena los perros que vienen con los parroquianos. ¿Lo ves? Andan dando vueltas á caza de una tajada.

—Déjalos. Lo que yo quiero es dormir, dormir mucho, hasta hartarme. De comida, ya estoy satisfecho.

Y volvía á cerrar los ojos, sin preocuparse de la cena.

Luisilla le dejaba. Era imposible aquel dormilón. Se volvía al café y comenzaba á vocear los periódicos, con su media lengua. Tenía buenos amigos entre los parroquianos, que gozaban con su charla infantil, llena de graciosas ingenuidades. Por las noches, cuando la señora Paca «cerraba el puesto», la niña solía darle un puñado de terrones de azúcar y algunas monedas que recogiera de propinas.

José Luis andaba de mal talante. Los padres de Isabel la tenían bloqueada, y á veces transcurría una semana sin que los muchachos pudieran echar un párrafo. La muchacha se defendía valientemente. ¿Qué más podían pedir á José Luis? Ya ganaba seis reales, y no tardarían en subirle á dos pesetas. Además, la familia marchaba ahora bien; ya eran comerciantes y

tenían buenas relaciones que les «habían dado la mano».

—Con todo eso, no quitas al muchacho de andar vendiendo periódicos—rezongaba el padre.

—Los sirve á domicilio; no los vende.

—Es igual. Y si cualquiera parroquiana de las que van á la tienda, dice á la maestra que te han visto de palique con un vendedor de periódicos, es posible que te plante los garbanzos en la acera de enfrente.

—Yo creo que eso no es ninguna deshonra.

—Sea lo que fuere; no te lo vuelvo á repetir. Desde mañana, volverás sola del taller; porque tu madre anda malucha, y yo no puedo abandonar á los amigos, que me esperan en la taberna para jugar al mús. Si estás á bien con tus huesos, mucho ojito.

Cuando se enteró José Luis, lloraba de rabia.

—¿Ahora quieren impedir que nos amemos? Cuando éramos pequeños podrían haberlo conseguido; hoy es imposible. Y tú, Isabel de mi alma, ¿qué dices?

—Que cada día te quiero más, y que ni mis padres, ni el mundo entero podrán torcer mi voluntad en este extremo. Pero es preciso que

dejes de venir á buscarme; el día menos pensado me dan una paliza.

—¡Son bien tiranos tus padres! Porque te han dado el ser, piensan que pueden mandar en tu corazón.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Querernos más cada día y dejar que el tiempo allane estas dificultades, ya que no está en nuestras manos conseguirlo. Si el único motivo para proceder así es nuestra pobreza, yo te aseguro que no ha de pasar mucho tiempo sin que tus padres me abran de par en par las puertas de su casa. Entretanto, quíereme mucho y no olvides á tu José Luis.

—¡Olvidarte! Si tú eres mi único pensamiento; si gustosa aguantaría cuantas palizas quisieran darme, con tal de no dejar de hablarte una sola noche. Pero temo por ti. Temo que una noche venga mi padre con malas pulgas y haga una tontería.

El muchacho pensaba enloquecer al escuchar las apasionadas frases de Isabel. Era una hembra de corazón, ¡valiente!, como á él le gustaban las mujeres. Pero no quería exponerla á los malos tratos de sus padres. Ante el pensa-

miento de que alguien pudiera golpear aquellas carnes tan queridas, se ponía frenético. Fuera prudente que el señor Manuel no lo hiciese delante de él: capaz se sentía de cualquier barbaridad. Y se echaba mano al bolsillo del chaleco, donde llevaba una navajilla.

Isabel intervenía:

—Por eso debemos separarnos y evitar un disgusto.

Y pensando así, la noche siguiente, y la otra, y todas, volvían á reunirse, y juntos, muy juntos, caminaban por callejas apartadas, y cada vez distintas, para evitar los encuentros con personas conocidas.



V



RÓXIMA la época en que los pueblos celebran la fiesta anual del patrón, el Gobierno publicó una real orden en la *Gaceta* suprimiendo las capeas por bárbaras y antihumanas. Esta sabia medida, que la opinión sensata acogió con aplauso, produjo un alboroto en los pueblos, y los secretarios de Ayuntamiento se vieron precisados á ir con el cuento á los gobernadores.

Ellos no querían hacerse eco de la protesta; pero ante las amenazas de los vecinos levantiscos, no tenían más remedio que acudir á presentar las quejas.

Suprimir de un golpe las capeas, era dar fin de las fiestas. En las arcas municipales no había recursos para sustituir en los programas aquel

número. Si los festejos quedaban reducidos á la procesión y los fuegos artificiales, no tenían ningún aliciente. Lo único que les divertía era la capea; suprimida ésta, se dedicarían á rezar el rosario.

No hablaban ellos; podía tenerlo por seguro el señor Gobernador. Eran frases de los vecinos, que les parecía justo que les dejaran divertirse á su gusto una vez al año, ya que pasaban todo él sacando de las entrañas de la tierra el fruto que luego se llevaba el Gobierno á fuerza de tributos y gabelas. Amenazaban con amotinarse, y si el Gobierno se empeñaba en mantener su orden prohibitiva, darían á España un día de luto. A los achuchones de los toros sustituirían los mausers de la Guardia civil.

Bien comprendían los gobernadores que, en su lento y humilde protestar, los alcaldes hacían causa común con los vecinos. Reconocían la razón y la justicia que asistía al Gobierno para obrar así; pero sus mandatarios lo decían mansamente, socarronamente, como dando á entender que declinaban su responsabilidad si, como era de temer, ocurría algún disturbio y había desgracias.

En un pueblo los vecinos habían encerrado á tiros á las autoridades y celebrado por la noche la capea. De ser conocido aquel acto, le imitarían en otros sitios, y quién era capaz de saber lo que resultaría.

Ante aquella avalancha, y cercanas unas elecciones de concejales, el Gobierno optó por buscar un paliativo y encontrarse en condiciones de encender una vela á San Miguel y otra al diablo. Sería cosa de matar la fiesta poco á poco, ya que no era posible hacerlo de una vez.

La primera real orden fué modificada por una segunda, en que se autorizaban las capeas, siempre que fuesen precedidas por un toro de muerte y realizadas por «gente del oficio».

Con esto renació la alegría en los atribulados pueblos, y hallaron contrata todos los aspirantes al arte de Montes que andaban de postín por la Puerta del Sol y calle de Sevilla.

Un nuevo *sport* se puso de moda: «la caza del profesional». Para firmar los contratos no se exigía otro requisito á los toreros que la presentación de un programa en que figurasen como matadores. Una imprentilla hizo negocio

confeccionándolos á gusto del cliente, ajados, con arrugas, como si hubieran estado largo tiempo ocultos en las carteras.

Ante aquellas cédulas, «certificados de aptitud profesional», los secretarios se corrían ofreciendo cincuenta pesetas por matar un toro y capear cuantas vaquillas les soltaran. Heridas y revolcones, de cuenta de los toreros; que si quedaban vivos podrían «echar el guante». Debían llevar cuadrilla.

Cuando los torerillos ponían la firma en aquellos documentos que ni siquiera habían leído, los contratistas les daban á entender insidiosamente que hicieran la vista gorda si algún mozo del pueblo bajaba á capear á las vaquillas. Eran los que pagaban la fiesta y había que tenerlos contentos.

José Luis formó parte de la cuadrilla de uno de los muchos atrevidos que se lanzaron á la empresa de matar toros sin más condiciones que el programa confeccionado á su gusto por la casa que expedía «patentes arqueológicas» á tanto el ciento. Iban al Madroñal, que celebraba la función el 8 de Septiembre, y como aquel año caía en domingo y el pueblo estaba cerca

de Madrid, podía estar de vuelta para asistir al trabajo el lunes.

La señora Paca estuvo á punto de matar al muchacho cuando fué á pedirla permiso. ¿Estaba loco? ¿O se había propuesto matarla á disgustos? No volvería sano: estaba cierta. Negaba el permiso y hallábase dispuesta para ir á rogar al señor Gobernador que le tuviera encerrado hasta el lunes por la mañana.

Fué preciso que intervinieran los parroquianos y el dueño del café para disuadirla de sus propósitos.

—Es un valiente y un buen hijo.

—Ya ve usted lo que hacen otros: se van sin permiso de sus padres y andan todo el verano de pueblo en pueblo, viajando sin billete, bajo los asientos de los coches ó montados en los topes de los vagones; expuestos á romperse los huesos ó caer en las manos de la guardia civil, que los trae á Madrid, de cárcel en cárcel, donde esperan la condena: varios meses de encierro; y cuando salen de allí, se dejan la cuchara en la celda. Sus padres no tienen noticias de ellos hasta que los periódicos anuncian que los han apresado.

—Otros vuelven heridos y con las ropas hechas trizas. ¿Sabe usted? Entran en las viñas y en los melonares, para saciar el hambre, y los guardas los saludan con los perdigones de sus escopetas.

—Y no faltan algunos que pasan á mayores, y habiendo sentado plaza de toreros, acaban por convertirse en ladrones.

—Quien procede como su hijo, bien se ve que no pertenece á esa calaña. Usted sabe que no pierde un día de trabajo, y hasta ha elegido un domingo para su debut, á fin de que no le falte á usted el jornal. ¿Qué más puede usted pedir? Si se le debía caer la baba al ver que tiene usted un hijo tan noblote y tan decidido.

—No hay más remedio, señora Paca: debe usted dejarle marchar, pues bien se adivina en su mirada que con permiso ó sin él está resuelto á ir á la capea. Sería imperdonable que le diera usted pie para que se rebelara.

La señora Paca se resistía aún. Lloraba amargamente y movía la cabeza en sentido negativo. Luego, como los parroquianos la acosaran demasiado, gimió:

—¡No! y ¡no! Es mi hijo... me ha costado mu-

cho trabajo criarle... no quiero exponerle á una desgracia.

Ante su resistencia, argumentaron en otra forma:

—¿Qué pretende usted matando las ilusiones del muchacho?

—Ahora que se le presenta un porvenir brillante.

—¿Quiere usted tenerle toda la vida vendiendo periódicos?

—Si precisamente él va á ser el redentor de la familia. Déjele hacer, que José Luis ganará lo suficiente para sacar á ustedes de la situación en que ahora se encuentran.

El muchacho escuchaba silencioso aquel pugilato, esperando impaciente cuál de los dos bandos saldría vencedor; pero en las miradas que de cuando en cuando echaba al reloj, se comprendía que, llegada la hora, haría lo que afirmó uno de los parroquianos: marcharse con permiso ó sin él.

La señora Paca volvió á las mismas:

—Ustedes no deben tener hijos. Yo renuncio á todo con tal de ver á mi José Luis como le veo ahora, así, sentado junto á mí, con su blu-

sa azul, manchada de tinta. ¿No hemos vivido hasta aquí? ¿A qué tentar á Dios con esas ambiciones locas y suicidas? Que siga trabajando, que en camino está de ser un buen oficial de cajista, y cuando gane cuatro ó cinco pesetas, ya puede casarse; con menos lo hizo su padre: verdad que el pobre no tuvo más ambición que trabajar eternamente.

Viendo su pleito perdido, José Luis dirigió una mirada suplicante á doña Dolores, que con su marido y su hija estaba en una mesa cercana. La señora intervino:

—Usted sabe cuánto la queremos y que no habíamos de aconsejarla mal, ¿verdad Galíndez?

—Como si fuera usted de la familia, señá Paca.

—Pues bien; yo creo que hace usted mal en negarle el permiso.

—Esa es mi opinión.

A éstos no podía negarles nada, puesto que les debía todo. Cedió la pobre viuda.

—Bueno, que se vaya; pero si ocurre una desgracia, lo que Dios no permita, todos ustedes son testigos de que para evitarla he puesto cuantos medios han estado á mi alcance.

—¿Y por qué va á ocurrir, señora Paca?

—No sea usted pesimista. Mañana le tenemos aquí sano y con sus cincuenta arrobas de palmas y tabaco.

Comenzaron á trazar el plan para el viaje. Entre algunos parroquianos surgió la idea de hacer una cuestación para costear los gastos; pero Galíndez se opuso:

—No, señores míos. Guardarse los cuartos ustedes. Que vaya á pie y que pase hambre y fatigas como lo hemos pasado todos los de mi tiempo. Así demostrará si tié ó no tié afisión. Así se prensipia; ¿lo sabéis ustedes? Los que nos dedicamos al toreo no semos condeses ni marqueses, sino probeticos que no tenemos ná y lo queremos too. Sus podéis reir ustedes de esos señoritos millonarios que se hacen toreros empesando por dar corrias en que pagan toos los gastos de su bolsillo y además hasen regalos espléndidos á los mataores que se diznan alternar con ellos; esos, en cuanto un toro les arañe el cutis de cualquiera parte del cuerpo, se cortan la coleta. Ustedes lo veréis. Si yo hubiá tenío automóviles y millones, como dicen que tién algunos de esos señoritos, hubiá torear

Rita; pero no el hijo de mi madre. Que expon-gamos el cutis los que no tenemos otro modo mejor de vivir, pase, cabayeros; pero que lo expongan esos otros, me parese una majadería; ¿no es sierto?

Afirmaron. Decía muy bien el señor Galín-dez, que aquella noche estaba hecho un orador de cuerpo entero.

—Desde los tendidos resulta muy bonita la fiesta; desde el redondel, ya es otra cosa, caba-yeros. Con que ya me has oído, chaval. Si tiés afisión de verdá, ha llegao la hora de demos-trarlo. Pórtate bien, y cuenta con mi ayuda, que algo te pué valer. Por lo pronto, sube á mi casa y que te den un capote de faena; ya le co-nocen bien los toros.

El muchacho dió las gracias al señor Galín-dez y á su esposa; besó y abrazó muchas veces á su madre y á sus hermanos, y salió escapado en busca del capote y de los compañeros de cuadrilla.



VI



A cuadrilla salió de Madrid. Los muchachos marchaban ligeros hacia el Madroñal, á fin de llegar antes de que se acostaran los vecinos. Tenían que andar cuatro leguas. El maestro iría al otro día, en el coche. Al principio hacían el viaje animados; pero apenas traspasaron los arrabales de Madrid, José Luis comenzó á sentirse fatigado. Aquel caminar siempre cuesta arriba, al hombro el atillo en que llevaba el capote de brega y unas zapatillas de desecho, adquiridas á bajo precio, se le hacía penoso; la falta de costumbre.

Los otros caminaban alegres, cantando cuplés picarescos de una zarzuela que estaba de moda. Para animar á José Luis, le propusieron ensayar lances de capa, á la luz de aquella luna

septembrina. Aceptó gustoso; así se haría menos largo el camino.

Uno de los muchachos hacía de toro; los otros le toreaban por verónicas, farolillos y largas clásicas; y cuando uno ejecutaba una suerte elegante, le aplaudían los compañeros. Luego pasaba otro á ocupar el papel de toro, para que él pudiese lucir sus facultades. De este modo les parecía menos duro aquel camino de áridas llanuras, en las cuales no se destacaba más que la dorada rastrojera.

Al terminar la subida de la cuesta se les alegró la vista con la presencia de una extensa llanura de verdequeantes viñedos. Uno de los torerillos quiso entrar á coger uvas; un racimo para cada uno. José Luis se opuso:

—Vamos á torear y no á coger lo que no es nuestro. Al primero que toque una uva le rompo las narices.

—¡Pues no eres poco tonto!

—Anda, que todavía le quedarán al amo algunas arrobas.

—No seas panoli, muchacho. Si lo hacemos todos los días.

José Luis levantó en alto los puños y gritó:

—¡He dicho que le rompo las narices al que coja un grano de uva! No somos ladrones, sino aficionados que van á jugarse la vida en la capea. ¿Lo oís bien? La propiedad es sagrada, y el que no lo entienda así, que se vuelva á Madrid ó que eche por otro camino. ¿Queréis que volvamos entre civiles ó con una perdigonada en el trasero? Yo no he salido de mi casa para eso. El que esté conforme, adelante; el que no, libre tiene la carretera; pero no lo olvidéis: el que no entre conmigo en el Madroñal, que se despida de torear mañana.

La energía del muchacho fué bastante para que siguieran el camino sin volver á las andadas. Aquello le había bastado para imponerse... ¡Y los otros que le habían tomado por un pardillo!...

Caminaban tristes. Para José Luis había sido aquello una decepción. ¡Vaya una tropa! No eran de su cuerda. Tendría que andar con cien ojos para evitar que cometieran alguna ratería, en la cual le complicasen. Los otros iban detrás de él, avergonzados: tal vez de su acción, acaso de haberse dejado dominar por aquel muchacho, menor que ellos.

Y el pueblo parecía distanciarse cada vez más. Cuatro ó cinco veces habían visto las luces, y otras tantas se ocultaron á sus miradas. ¿Estaría burlándose de ellos? Al final de un repecho hallaron á un pastor.

—¿Falta mucho para llegar al Madroñal?

—Cosa de media hora de buen paso.

—¡Si hace un momento parecía que le tocábamos con la mano!

—Son las cosas del terreno. ¿Vais á la capea?

—Sí, señor.

—Pues allí nos veremos, porque yo soy del Madroñal.

—Hasta mañana, y muchas gracias.

—Andar con Dios y buena suerte.

Al fin llegaron. Al preguntar á unos muchachos que encontraron en la carretera, y decirles que eran los que iban á torear, comenzaron á correr y á gritar:

—¡Los toreros! ¡Los toreros!

—Chicos, ¡ya están junto á la fuente de la Virgen!

En seguida se presentaron los perros, aullando furiosos y enseñándoles sus dentarrones. Tuvieron que defenderse á pedradas y esperar

que viniera gente para guiarles. Por un callejón lleno de baches los condujeron á la plaza, que no tenía más luz que la proyectada por la luna; pues en el Madroñal, como en otros muchos pueblos donde aún no tienen flúido eléctrico, cuando hay luna no encienden los faroles del alumbrado público.

En un rincón de la plaza, á la puerta del café, tienda de comestibles, almacén de hierros y zapatería, estaban sentados el alcalde y varios veraneantes; más allá, en una gradería de piedra, las mujeres distraían su aburrimiento criticando á las que no formaban parte de la tertulia; otros grupos deambulaban con trajes de tonos claros.

Los muchachos fueron bien recibidos. Uno les invitó á beber cerveza ó vino, lo que más les gustara; pero don Paco el andaluz—un veraneante que había ido al Madroñal para curarse la rotura de una pierna, según unos; huyendo de los «ingleses», según otros—, tendió oportuno el capote:

—Mejor será darles unas lonchas de jamón. Conozco el paño, y estoy seguro de que lo agradecerán más. ¿Verdá, chavales?

Ellos callaban, avergonzados de que tan bien hubiesen interpretado su pensamiento.

—Pues que les den magras y cuanto quieran—dijo el alcalde—. Lo pagaremos á escote.

—¡Hecho!—afirmó don Paco—. A cenar, chiquiyos; luego habrá su mijita de juerga.

Los muchachos entraron en la tienda y comenzaron á devorar cuanto Juan—el dueño—les puso por delante.

—¿Traíais apetito, eh?

—¡Vaya unas tragaderas!

—¡Que de salud os sirva!

—¿Se habían ustedes creído que venían de casa de Lhardy?—agregó don Paco—. Tú, Juan, venga la guitarra; pero la buena, ¿eh?

Y comenzó á templarla. Entonces vino el pitoreo de los veraneantes madrileños.

—¿Va á ser juerga andaluza?—preguntó uno.

—Sí, andaluza. ¿Por qué es la pregunta, señor mío?

—Para irme á la cama; no quiero dormirme al sereno; me hace daño el relente.

Rieron el chiste; pero don Paco siguió imperterrito en su operación, que no acababa nunca, de templar la guitarra. Habían formado un

corro en torno de don Paco, y los que estaban sentados se retrepaban en las sillas, dispuestos á dormir en cuanto comenzasen los cantos gitanos. Aquel don Paco poseía la gracia de aletargarlos, y cuando empezaba á lanzar *jipíos*, no lo dejaba en una hora. Salfán á relucir la jorca, el verdugo, las puñalaftas, el hespital, la cársel y el sementerio: una porción de alegrías, lo que constituye la verdadera, la clásica juerga andaluza. Los del pueblo gustaban de aquellos cantares; pero los madrileños, para no tenerse que marchar á la cama, entreteníanse jaleando á don Paco:

—¡Vaya un tío cantando con sentimiento!

—¡Ni el Breva lo hacía mejor, mi amigo!

—¡Olé por el cante jondo!

—Cante usted aquello de

Te peguen cuatro tiritos,
te peguen cuatro tiritos
que te partan las entrañitas
y te abrasen los higaditos...

Y acompañaba el canto dando palmadas guasonas y pateando sobre la arena de la plaza.

Don Paco, que lo tomaba en serio, seguía cantando, cada vez más «alegre», más metido

en juerga. «¡Olé mi tierra! ¡Viva el cante jondo!»

Los torerillos, apenas sintieron sus estómagos confortados por la cena, comenzaron á dormirse. No podían evitarlo; no eran los cantares de don Paco, muy finos y muy gitanos, lo que les hacía dormirse, sino la caminata. Llegaron tronchados, y si no descansaban, no estarían al otro día en condiciones de torear. La faena debía ser dura y era preciso estar preparados.

—Muy dura, chiquiyos—dijo don Paco—. El ganao es de casta y con madera en la cabeza. Ya lo veréis ustedes.

José Luis preguntó por la posada; pero los del pueblo no consintieron que se fueran á ella. Tenían á mucho honor alojarles en sus casas. Estarían mejor y se ahorrarían el pupilaje. Celebraron un sorteo entre los vecinos pudientes, porque ninguno quería declinar voluntariamente la honra de haber hospedado en su casa á un torero.



VII

osé Luis se despertó á los acordes de la diana, tocada por una charanga detestable. Cuando se preparaba á vestirse, entró el patrón.

—Buenos días, muchacho. ¿Has dormido bien?

—He pasado la noche de un tirón.

Se vistió ligero y salió al patio. La casa era muy bonita, con dos pisos y una parra que tapizaba la fachada, á lo largo de la cual había dos bancos de piedra. Un canario enjaulado, cantaba el amanecer. Las tapias del patio estaban cubiertas de yedra, y en un extremo alzaban sus copas añosas higueras repletas de apetitoso fruto.

José Luis preguntó á su patrón si conocía Madrid.

Sí; le conocía mucho; porque tenía allí parientes y con frecuencia iba á sus negocios. Su familia había venido á pasar las fiestas, igual que todos los años; pero estaban durmiendo como benditos. Ni aunque tirasen cañonazos se despertarían. Los madrileños no eran madrugadores. El, en todo tiempo, se levantaba al amanecer. Mientras les preparaban el desayuno, le invitó á dar un paseo. Era delicioso salir al campo cuando el sol aún no comenzaba á calentar. Salieron por una calleja estrecha, bordeada de tapias, por encima de cuyas albardillas colgaban las ramas de árboles cargadas de fruto, que picoteaban los pajarillos, entonando himnos á la usurpación de la propiedad.

—Esos malditos gorriones se nos comen toda la fruta; apenas ha madurado, la dejan inútil. Como trajese la escopeta, ya les diría yo...

Y aunque aquellos árboles no eran suyos, cogió piedras y comenzó á tirárselas á los pájaros, que huían para volver en cuanto se apagaba el ruido de los pasos.

José Luis miraba todo aquello con el entusiasmo de un muchacho que no ha salido de Madrid. Llegaron á una viña.

—Es mía. La única que hay en cinco leguas á la redonda.

Y con la satisfacción que enseñaría un bibliófilo las hojas de un valioso incunable, levantaba las de las cepas para que el muchacho viese los racimos, ya maduros, del dorado moscatel, «mejor que el más famoso de Málaga».

La viña era muy grande y en el centro había una casa con varias camas. Durante el verano el dueño venía algunas noches con su familia, y se quedaban allí á dormir.

—Es un sitio tan fresco, que aun en las noches de mayor calor es preciso echar una manta en la cama.

Junto á la casa unos cuantos álamos sombreaban una plazoleta, en cuyo centro había una mesa redonda, de piedra toscamente tallada. Más allá, el huerto, y luego otra vez la viña; hasta levantar sus tapias en la misma falda de la sierra, de la cual comenzaban á levantarse jirones de niebla, semejantes á grandes copos de algodón. Era tan curioso aquel espectáculo, nunca soñado por el muchacho, que su vista continuaba atrayéndole con fuerza irresistible. En la lejanía, los jirones de niebla bailaban una

danza infernal, terminando por enlazarse hasta formar nubes grandes, que oponían su opacidad á los rayos solares como si quisieran eclipsarlos; pero el sol las vencía, las desgarraba, y convirtiéndolas en trozos informes, deslizábase majestuoso allá en lo alto, caldeándolo todo, embelleciendo la vida.

Detrás quedaba el pueblo, un pueblo de nacimiento á los ojos del muchacho; con sus casitas bajas, apiñadas, por cuyas chimeneas empezaban á salir nubecillas de humo negro y denso, primero; luego blanco, tenue, apenas perceptible.

Cogieron unos higos, frescos aún por el rocío de la mañana, y se dirigieron hacia el pueblo á tomar el desayuno. En seguida tenían que ir en busca del cura: era la costumbre.

A José Luis le parecía aquello un mundo nuevo; pero un mundo riente, lleno de alegría y de placeres.

Quando se vió delante del desayuno, pensó que lo mejor sería quedarse allí por toda la vida. ¡Vaya una manera de desayunarse que tenían en aquel pueblo! ¡Jamás había visto tanta comida junta! Primero, un par de huevos fri-

tos, adornados con rajadas de longaniza; luego unas lonchas de jamón con tomate, y después un tazón de café con leche, cuyo fondo no se veía. Para reventar. Ante el asombro de José Luis, su patrón repetía:

—Es la costumbre. Come, muchacho, que es de buena calidad; menos el café, que le traemos de Madrid, todo lo demás es de casa.

José Luis no podía con todo. Si hubiera sido en otras ocasiones...

Cuando empezaban á tomar el café, la charanga pasó tocando un número de *La alegre trompetería*. De un trago bebieron lo que aún quedaba en los tazones, y se echaron á la calle detrás de los músicos: iban en busca del cura. Formaron parte del grupo, que cada vez se hacía mayor con la gente que iba saliendo de las casas.

Tenían que atravesar el pueblo de extremo á extremo, porque el cura vivía en el opuesto. Cuando llegaron á la casa, se destacaron del grupo el alcalde y los concejales. Subieron tiesos y graves la escalinata de la casita. Pronto apareció de nuevo el grupo. En el centro venía el cura. Al verle, la charanga comenzó á

tocar el mismo pasodoble de *La alegre trompetería*. Era el repertorio.

Don Rufino marchaba delante, con el manto terciado y gallardeando su figura simpática; detrás los concejales y el alcalde, y luego la gente del pueblo, silenciosa, como si asistiera á un acto grave.

Cuando llegaron á la iglesia, don Rufino entró en ella seguido de algunas mujeres; los hombres se quedaron afuera, fumando cigarros y hablando de las fiestas. Fulano y Zutano habían ido á buscar al toro; Mengano y Perancejo tenían á su cargo la dirección del festival, que este año iba á causar la envidia de los pueblos cercanos.

En seguida la campana comenzó á llamar á los fieles, y la iglesia se llenó de gente. Junto al altar mayor, varias mujeres, con velas encendidas, asistían á la misa de rodillas; otras tenían en las manos grandes ramos de flores de trapo, descoloridas por el tiempo.

Después de celebrada la misa se organizó la procesión, que había de recorrer las principales calles del pueblo. Las mozas se disputaban el honor de sacar en andas á la Virgen—una vir-

gen chiquita, sentada en un sitial, bajo un arco de flores artificiales—, porque «las que hiciesen aquello este año, estarían casadas el venidero». Y las que no habían conseguido coger las andas, apuñaleaban con sus miradas á las dichas que el año próximo vendrían á la iglesia con la vela en la mano ó con el ramo de flores.

Según daba la vuelta la procesión por dentro de la iglesia, las mujeres que tenían ramos los depositaban cuidadosamente sobre las andas; las que habían llevado las velas formaban la guardia de la Virgen, y marchaban á cierta distancia de ella para no quemar las flores.

Ya en la puerta, cuatro mozos de los más fuertes se apoderaron de las andas y se las pusieron sobre los hombros, y luego, de trecho en trecho, otros mozos venían á relevarles como si fueran abrumados por un peso excesivo.

El sol caía de plano sobre las cabezas descubiertas.

Al pasar la procesión por delante de las casas, los vecinos que no habían podido acudir la presenciaban arrodillados, con las cabezas bajas, moviendo los labios como si musitasen plegarias. Al regreso, otras mozas cogieron las

andas de la Virgen para dejarla depositada en la iglesia; los hombres se quedaron aguardando á don Rufino para llevarle á su casa con la misma solemnidad que le habían traído.

Cumplida su obligación tradicional, don Rufino salió de la iglesia sonriente, satisfecho. Hablaba de las fiestas con el regocijo de quien goza con la alegría ajena.

—¡Oh, las fiestas! Este año dejarán en mantillas á las de años anteriores. En lo único en que permanecemos estacionados es en la materia religiosa. No hay manera de sacar á estas gentes una peseta más para la función de iglesia. O mis feligreses son muy buenos, ó tienen cierta tibieza. ¿Amonestaciones? No sirven de nada. Por más que les sermoneo no consigo nada. Sería cosa de coger un palo y meterles en la iglesia como si fuesen un rebaño de borregos.

Los que le escuchaban reían socarronamente. Aquel buenazo de don Rufino no podía olvidar su origen andaluz y exageraba las cosas.

Fueron entrando á la casa los principales del pueblo, porque para todos era demasiado pequeña. La costumbre obligaba al cura á gastar unas pesetas en obsequiar á la gente con pastas

y vino; era un sacrificio para él, pero les ofrecía gustoso aquella pobreza.

—Vamos, señores, hónrenme aceptando esta miseria. Nada de remilgos, que el tiempo pasa y hay que ir á esperar al «matador».

—Antolín ha ido á buscarle á Madrid para que no nos deje plantados.

José Luis, que con su patrón había entrado, examinaba la casa. Sólo tenía tres habitaciones: la sala, con las paredes enjalbegadas, de las cuales pendían algunos cuadros de santos; en el centro una mesa pequeña, seis sillas de paja y un estante en un rincón, con libros de rezo; la alcoba, con una cama pequeñísima, y en la cabecera un crucifijo de grosera talla; la cocina, desprovista de todo utensilio. Las ventanas parecían saeteras.

Don Rufino comía en casa del sacristán, y el gran hogar de la chimenea campesina sólo se calentaba en los crudos días del invierno.

Salió al jardín, y como don Rufino le viese curioseando «aquel pañuelo de terreno», le siguió, y comenzó á darle explicaciones, con el orgullo de un jardinero satisfecho.

—Todo lo que ves ahí no vale tres pesetas;

pero á mí me ha costado mucho trabajo y no poco dinero. Acostumbrado á mi casita de la Algaba, cuando alquilé ésta y vine á vivir en ella me pareció que me encerraba en un calabozo. ¿Recuerda usted como estaba, don Anacleto?

—Sí; lo recuerdo bien; como que la construyó mi tío Nicolás.

—La edificaron en un peñasco, como si fuese para encerrar cabrás. No había más escalera que unos mechinales abiertos en la peña. Yo no podía pagar más y hube de conformarme; pero apenas tuve ahorrado unos cuantos reales, comencé á reformarla. ¡Las carretadas de arena que echamos hasta tener el piso en condiciones de poner estas cuatro plantas!...

Y enseñaba las clavellinas, que parecían plantas exóticas en aquel pueblo, y los geranios de varios colores, junto á las «fusias», cuyas flores semejabán diminutas granadas; la yedra cubría los tapiales, y una parra, que iba de un lado á otro del jardín, tamizaba los rayos del sol. Era chiquito aquel jardín, pero muy coquetón.

—Es mi distracción en los ratos que me deja libres mi ministerio. Ahora voy á comenzar á

hacer injertos. He probado uno y me ha salido bien. Vea usted, don Anacleto.

Y mostraba una planta, en la que destacaban, entre un precioso grupo de claveles blancos, tres de tintes rojos, como si fueran gotas de sangre.

Alguien anunció que venía el coche, y en la casa del cura no quedó más que el humo de los cigarros, que difícilmente podía salir por las ventanucas, semejantes á saeteras.

La llegada del «maestro» fué una decepción. Esperaban un mozo garboso, con sombrero cordobés, patillas engomadas, chaqueta y pantalones ceñidos; y en su lugar se presentaba un tipo flaco, larguirucho y desmadejado, con gorra inglesa y gabán largo de verano.

Al decir de don Paco, era tan feo que no hallaría fotógrafo capaz de retratarle, por miedo á que le estropeará la máquina.

—Don Rufino se acercó al secretario, y socarronamente le interrogó:

—¿Qué traes ahí?

—¡Qué he de traer, don Rufino! El «mataor», el *Mirlo blanco*.

—Pero si eso, más que torero, parece don Quijote viajando por una fábrica de conservas.

—¿Le ha comprado usted en algún saldo?

—Le habrá usted traído en una funda de paraguas.

—¡Vaya unas hechuras toreras!

—Ese no mata el toro.

—Bastante hará con matar el hambre.

—Señores—intervino el secretario—, no aventuren sus juicios. Ya saben que «bajo una mala capa...»

—Sí; pero no bajo un mal gabán.

—El muchacho se trae su cartel, y no es posible pedirle más. Luego veremos.

—Sí; veremos... como vuela.

Junto con el «maestro» venía un señor chato y picado de viruelas, que fumaba puro, escupía por un colmillo y esgrimía un garrote capaz de asustar al más valiente. Cuando la cuadrilla rindió al «maestro» los homenajes debidos á su «alta categoría», el apoderado preguntó por la plaza. Quería ver si estaba en condiciones.

El alcalde les sirvió de guía.

La plaza era un rectángulo formado por casas de uno ó dos pisos. Cuatro vallas daban acceso á ella.

—Este es el Ayuntamiento—decía el alcalde,

señalando á una casa más grande y mejor que las otras—. El reloj que ven ustedes es regalo de un «matador» famoso, que sentía gran cariño por este pueblo, donde estuvo establecido. Veán ustedes la veleta.

Los toreros la miraron. Era una obra grosera, en la cual había puesto el artífice un torero con la muleta delante de los hocicos de un toro, que no arrancaba nunca. No estaba mal para conmemorar un hecho.

—Esto es mu pequeño pa lidiar reses bravas—inclinó el apoderado del *Mirlo*.

—Pues no hay otra cosa, y en esta plaza ha matado toros como «catedrales» el «matador» del regalo—, objetó el alcalde—. El año próximo veremos si podemos construir una mayor que la de Madrid.

—¿Supongo que arreglarán ustedes el piso?

—Eso, sí. Después de comer, pondrán los mozos las carretas y echarán unas espuestas de arena.

—Corriente. Tú, *Mirlo*, vamos á la posá, que no es cosa de que andes por ahí prodigando tu figura. Vosotros, podéis ir adonde mejor os acomode.

El *Mirlo*, como si careciese de voluntad propia, se dejaba guiar por aquel hombre, que «había de empujarle» hasta las alturas. Se fueron en busca de la posada, y los muchachos, al verles pasar por las callejas, los tomaban por los «tíos de las tres cartas», que vendrían, como otros años, á llevarse el dinero con engañifas.



VIII



OMIERON de prisa para ir á esperar el encierro. Era la costumbre. José Luis fué con don Anacleto, su patrón.

Desde la carretera hasta la plaza habían tapado con carretas las bocacalles, á fin de que no se desmandara el ganado. Los que no tenían sus casas en aquel trayecto, tomaban por asalto las carretas, y algunos mozos, entre ellos don Anacleto, echaron carretera adelante.

El sol calentaba las cabezas hasta congestionarlas. Cuando los mozos veían á uno de los toreros, barboteaban palabras salvajes:

—Sus podéis preparar, porque lo que vais á torear no es un choto, sino un toro «con toda la barba».

—¡Digo! Y pobres de vosotros como lo hagáis mal...

José Luis no se inmutaba. Congestionado por el sol y por una digestión laboriosa, examinaba aquellas gentes que poco después le aplaudirían como locos ó le llenarían de insultos. Los tonos claros de las sombrillas con que tapaban sus cabezas las forasteras, al destacarse de aquel conjunto de caras tostadas, le alegraba la vista. Un fotógrafo ambulante disparaba placas. Allá, á lo lejos, la sierra, con sus negruzcas y empinadas crestas, servía de marco al cuadro y le separaba de su madre, de Isabel, de sus hermanos. ¿Qué harían? De seguro estaban las mujeres rezando, acongojadas, temerosas que le ocurriese algún percance.

Se entristeció. Pero el bullicio sacóle pronto de aquel estado.

Una nube de polvo avanzó por el callejón por donde debía venir el ganado: eran los chiquillos que, corriendo y tirando las gorras al alto, gritaban:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

La gente tomó posiciones para verlo mejor, y en medio de la agitación de aquella oleada humana, oyóse un grito angustioso, grito de muerte: era una anciana que se cayó de la ca-

rreta en que estaba subida. Se había roto una pierna.

Entre dos mozos la llevaron á casa de don Gabriel, el médico; pero no estaba allí: se había marchado con los mozos á esperar el encierro. La anciana lanzaba ayes que desgarraban el alma, y sus parientes, que acudieron al esparcirse por el pueblo la noticia, demostraban en sus caras el disgusto que les producía haber perdido el festejo. Ya pudo haberse estado en casa, y no correr como una mozuela á los sitios en que siempre había apreturas y ocurrían desgracias. Siempre fué oportuna aquella vieja... Y sabe Dios cuándo vendría don Gabriel...

Por fortuna llegó en automóvil un médico de Madrid que veraneaba en un pueblo cercano. Se hizo cargo de la enferma. La cosa no era de la importancia que habían creído; pero dada la edad de la anciana, tendría que estar en cama más de quince días. Reposo absoluto.

Mientras, la gente, sin preocuparse de aquel incidente, seguía con las miradas puestas en el callejón: no era cosa de perder aquel número, uno de los más sugestivos del programa.

Como hubiese pasado un buen rato y no

apareciera el encierro, comenzaron á decir pe-
rrierías á los muchachos, que reían como locos.

¡Pues no eran poco tontos! ¿No sabían que to-
dos los años gastaban la misma broma? Sólo
que venía otro año y ya nadie se acordaba.

Ante aquel calor septembrino, la gente se im-
patientaba.

—Fulano, ¿se habrá desmandado el toro?

—Qué sé yo; pero algo debe haber ocurrido:
tardan demasiado.

—Para chasco que los mozos le hayan hecho
desmandarse y nos quedemos sin corrida.

—Eso sí que no. Soltaría yo mi vaca *Lucera*,
que todavía está en condiciones de echar algu-
nos mozos al alto.

Al fin entraron los mozos en una carrera
loca. Ahora iba de veras. Venían al galope y
casi les alcanzaba el ganado. Ante el miedo de
un peligro mayor, se tiraban debajo de las ca-
rretas, expuestos á romperse la cabeza. Otros
intentaban escalar lo alto del tapial que forma-
ba el callejón; pero al llegar arriba con las ma-
nos, se dejaban caer con ellas ensangrentadas:
era también una broma del dueño de la finca.
Cosas de las fiestas.

En la esquina se quedaron dos hombres, aguardando á pie firme el encierro. Uno de ellos era don Anacleto, el patrón de José Luis; el otro un mozo á quien una vaca dejó tuerto en la capea del año anterior.

Empezaron á chillar las mujeres, y algunos hombres tuvieron que apartar de allí á los valientes.

—Es una imprudencia lo que queréis hacer.

—¡Vaya una gracia! Exponeros á ser aplastados.

—O hacer que se espante el ganado, y al revolverse en las estrechuras del callejón, cause infinidad de desgracias.

Apareció el «encierro». Delante venía el mayoral, un hombre como de cincuenta años, pero gordo y coloradote, con la garrocha al hombro, y gallardo como un mozo en su jaca torda. Junto á él marchaba el cabestro de «estribo». Después, hasta una docena de «mansos» jóvenes y revoltosos, y entre ellos el toro de «muerte». Detrás venían los ganaderos, dos jóvenes domiciliados en Madrid, elegantes á pesar de sus trajes de campo y de sus barbas empolvadas. Galopaban como centauros, azuzando al ganado

con sus gritos y hostigándole con las garrochas. Como una tromba pasó el grupo hasta dejar el ganado en la plaza. En seguida desfilaron los pastores de á pie, los mozos y los caballistas prudentes, entre ellos don Gabriel.

Desde la portillera comenzaron los pastores á tirar piedras al ganado hasta llevarle al centro de la plaza, para que los del pueblo pudieran examinarle bien mientras llegaba la hora de meterle en el corral.

Las ventanas y las carretas viéronse en seguida atestadas de la gente que, como una avalancha, había acudido á la plaza: eran los curiosos; los que no querían perder el menor detalle de la fiesta; los que, á riesgo de morir de una insolación, lo veían todo.

Delante del Ayuntamiento se colocó la cuadrilla en una carreta. Daban su opinión sobre el toro que, apartado de los mansos, se encampanaba al menor ruido, presto á lanzarse sobre el primero que se pusiera por delante. Era un buen toro.

—Y con la edad cumplida—observó el mayoral—. Le hemos tenido en San Sebastián; pero sufrió una rotura y tuvimos que retirarle.

—Me parece demasiado toro para estos muchachos—apuntó un veraneante—. Así debían echárselos á esos que cobran seis mil pesetas, y no á estos infelices, que empiezan ahora la carrera.

—Son las desigualdades sociales—indicó otro.

El apoderado del *Mirlo* escuchaba aquellas opiniones, fumando gravemente. Asentía á todo con la cabeza.

El mayoral hizo la historia del toro:

—Ese *Coralito* es una alhaja. No le hay de más fina lámina. Vean qué pesuña más pequeña. ¡Y el morrillo! Pues no digamos nada del pelo, colorao y lustroso como la misma seda. ¡Y la cuerna! ¡Si parece hecha á torno! En los corrales de la plaza de San Sebastián ha matado á cornadas á dos compañeros; en la refriega le alcanzaron un puntazo al vientre y le hicieron la rotura que ustedes ven. No crean que eso le resta facultades; le afea y nada más. Cuando le trajimos á la dehesa, la emprendió con los demás toros y hemos tenido que aislarle. Los bueyes apenas podían hacer carrera de él. Por eso los amos decidieron echarle afuera antes de que nos inutilizase algunas cabezas. Es una lás-

tima que le toreen aquí. De haberle corrido en una plaza formal, se habría comido los caballos. De seguro habría tomado ocho ó nueve varas en un palmo de terreno.

En su modo de hablar parecía que estuviera contando alguna desgracia de familia. Al fin terminó:

—Sí; es una lástima que le lidien aquí, porque es casi seguro que se le dejarán vivo.

El apoderado protestó:

—Oiga usted, mi amigo, ¿no conoce usted al *Mirlo blanco*? Aquí le tiene usted. Este niño se las ha visto con fieras de mayor empuje, y jamás se ha dejao ninguna viva. Así quiere él los toros: bravos y acometedores, y no bueyancones de esos que echan en algunos pueblos, que se aculan á las carretas y sólo salen de allí á fuerza de pinchazos. Tú, dale recortes, muchos recortes; así se suple la falta de piqueros.—Y dirigiéndose á los muchachos:—Y vosotros, lo mismo: muchos recortes. A ver si se queda el toro vivo.

El *Mirlo* miraba al toro, pero no decía nada. Para eso estaba allí su apoderado, el que había de hacerle hombre, el que le daba la mano.

Don Anacleto encargó una fotografía del toro. El fotógrafo, á respetuosa distancia, preparó el trípode y colocó encima la máquina; pero apenas desenvolvió el paño negro, el animal se arrancó á él y en poco estuvo que no le enviase á sacar fotografías de los astros.

El público rugió satisfecho. ¡Vaya un toro! Y el mayoral miraba á los torerillos, como diciéndoles: ¿Lo estáis viendo?

Los ganaderos ordenaron que procedieran al encierro antes de que ocurriese una desgracia, y los vaqueros empezaron á gritos hasta dejar los toros dentro del corral.

Comenzó el desfile rápido. La gente iba á ponerse los trapitos de día de fiesta. Sólo quedaron en la plaza los ganaderos y la cuadrilla, comentando las condiciones del ganado. También entre los cabestros los había bravucones, procedentes de una ganadería que se había deshecho.

José Luis permanecía silencioso. Pensaba tal vez en las palabras del mayoral... Si el toro fuese tan bravo...





IX



N la plaza habían improvisado varios palcos, entre los cuales se destacaba uno construído por varios veraneantes madrileños. Era una simpática nota de color. La delantera estaba formada por guirnaldas de pámpanos que encuadraban una colgadura de raso con los colores nacionales. Los forasteros que venían á presenciar la corrida, le tomaban por el palco de la presidencia.

Delante de las casas habían colocado una fila de carretas á modo de tendidos, y en las bocacalles gruesos maderos impedían que los toros pudieran escaparse.

En un momento se llenó la plaza. Los palcos, las ventanas, las carretas, hasta los tejados de las casas bajas se veían llenos de gente. En el palco de los madrileños se colocó en primera

fila un ramillete de mujeres bonitas, con blusas blancas y vistosas sombrillas. Las ovacionaron. Los torerillos las atisbaban regocijados: ya tenían á quienes brindar.

Luego, las miradas se volvieron hacia la puerta del Ayuntamiento, obstruída, como las de las otras casas, por las carretas. Fué una nota cómica: un célebre escultor, gran aficionado á la fiesta taurina, venía desde un pueblo cercano á presenciar la corrida. Vestía traje de piqué blanco. Como estaba hablando con los ganaderos, la gente le tomó por un *Don Tancredo*, y agradecidos á la sorpresa que les proporcionaba el alcalde, aplaudían frenéticos, pidiendo á gritos que sacaran el pedestal.

Cuando el escultor se enteró de aquello, rió la gracia, y arrastrando, como sus compañeros, entró en el Ayuntamiento.

¡Vaya una puertecita! Se necesitaba afición y buen humor...

A las cuatro hizo la señal el alcalde; la charanga tocó el pasodoble de *Machaquito* y comenzaron á desfilan los *hermanos del toro*. Iban vestidos con lo mejor del cofre y fumaban puros, bordados por sus mujeres ó por sus novias. Ha-

bían pagado el toro y luego se repartirían sus carnes: por eso era costumbre que salieran en el paseo. Marchaban con afectada marcialidad, pero graves al propio tiempo, como poseídos del importante papel que desempeñaban. Al pasar por delante de sus familias, les arrojaban puñados de peladillas, que ellos se bajaban á recoger, como chicuelos en bautizo.

Entre los *hermanos del toro* iba don Paco el andaluz, con «guayabera» de dril, pantalón entallado y sombrero cordobés. Los forasteros le tomaban por el «matador»; pero al verle con bigote kaisereño, reían estrepitosamente.

—¿Será un toreador francés?

—¡Tendría gracia!

Uno gritó:

—Oiga usted, maestro: que le afeiten el bigote mientras sale el toro; no se le enreden las guías en los cuernos.

—Ahí van dos perras por si no tiene para el barbero.

Fué una explosión de risa. Don Paco, advertido de lo que pasaba, saludó cortésmente y se retiró hacia el Ayuntamiento, donde debía oficiar como asesor del presidente.

Terminado el paseo, la pareja de la guardia civil se encargó de limpiar de mozos la plaza. Luego á escudriñar las carretas para que no se quedara ninguno debajo.

Mientras, la gente se impacientaba.

—¿Vamos á estar así toda la tarde?

—Que el sol aprieta.

—Dense ustedes prisa.

Los guardias miraban indignados. ¿Se figurarían aquellos bárbaros que hacían la requisa por su gusto?

Al fin salió el toro. La cuadrilla, pegada á una carreta, no se atrevía á moverse, y el apoderado del *Mirlo* les animaba.

—¡Vamos, chavales, al toro! Muchos recorres, ya sabéis.

El «maestro» también daba órdenes á los peones, que no salían en busca del toro, aculado á la querencia de la talanquera por donde le metieron á la plaza. Con la cabeza alta desafiaba, dispuesto á embestir lo primero que se le pusiera por delante.

Tras de mucho vacilar, el *Chato*, uno que ya había banderilleado en Carabanchel, metió un capote; el toro se hizo con él y le arrojó contra

una carreta. Un grito unánime resonó en la plaza. Si no le tapaban la cara, el toro volvería á recogerle. Había un pánico atroz.

En medio de aquella emoción, José Luis avanzó resuelto, con risa inconsciente, y extendió la capa en los mismos hocicos del animal; éste, que ya agachaba la cabeza para cornear, se quedó parado un instante, como sorprendido de la audacia de aquel chicuelo que le desafiaba; ya repuesto, acometió fieramente; pero el muchacho supo burlarle, si no con arte, al menos con temerario arrojo.

Envuelto en los vuelos de aquel capote, que difícilmente manejaba, á causa de su tamaño excesivo, se llevó José Luis al toro lejos del sitio donde yacía su compañero, y dió lugar á que le levantaran. No había sufrido más que un achuchón sin consecuencias. La ovación que hicieron á José Luis, y su propio arrojo, sirvió de estímulo á los otros toreros, y se arrimaron con cierto respeto. Toreaban con arte; pero buscando la manera de quitar facultades al toro.

—¡No recortéis así, granujas!—gritó uno.

—¡Duro, chavales!—vociferaba el apoderado del *Mirlo*—. ¡Seguir recortando!

—¡Vaya usted al toro, sangre gorda!—indicó al *Mirlo* don Paco—. ¿Está usted estudiándole fisiológicamente?

El apoderado levantó en alto el garrote, y amenazando con él á don Paco, rezongó:

—¿Por qué no baja usted, mamarracho? Ya se acercará cuando deba. Desde ahí se torea mu bien, ¿verdá usted, niño gótico?

La gente hizo coro á don Paco y comenzó la bronca.

—Sí, que toree; para eso le pagamos.

—Y si no, á la cárcel con él, señor alcalde.

El *Mirlo blanco* pareció salir de su letargo; pero en vez de irse al toro, levantó en alto el estoque y la muleta, como diciendo al público: «Yo sólo tengo que torear con esto. Para eso soy el maestro.»

Sin darse por vencidos comenzaron el pitoreo.

—¡Que torée el *Mirlo!* ¡Que torée el *Mirlo!*

Y lo decían á compás, con el ritmo de una canción típica en el pueblo, y dando con los palos en las carretas.

Antes de que la bronca tomara mayores proporciones, el alcalde mandó que tocaran á ban-

derillas. Uno de los toreros, que estaba de pastor en una ganadería de reses bravas, cogió un par y le brindó á las madrileñas del palco.

—Vaya por las mujeres bonitas y de rumbo.

Se metió de cualquier modo y dejó el par en una paletilla del toro; el cual, al sentir el hierro, cogió al muchacho y le clavó en una carreta. La cogida fué rápida y aparatosa. Hombre y toro quedaron clavados en la carreta, y sólo cuando el peso del banderillero hizo que se desgarraran sus carnes y cayese al suelo, pudieron apartarle de allí, mientras José Luis daba vueltas agarrado á la cola del animal.

Algunas mujeres se habían desmayado; otras querían marcharse, pero no era posible salir, porque las puertas estaban abarrotadas de gente.

Los hombres se querían bajar á la plaza para *lynchar* al *Mirlo*. Suya era la culpa por no haber estado en su sitio. Tuvo que abandonar la carreta y acercarse al toro con un capote. Pero el animal había tomado la querencia del corral en que estaban los mansos y no salía de allí ni á tirones.

El banderillero cogido se puso en pie y fué

en busca del premio correspondiente al brindis. Luego preguntó por el médico. Estaba en el palco bebiendo cerveza con los madrileños, y no se había preocupado de la cogida. Algún porrazo, á los cuales ya estaba acostumbrada aquella gente. Cuando se asomó, el pobre banderillero, con voz quejumbrosa, le suplicó:

—¡Por Dios, baje usted á curarme!

—¿Qué tienes?—interrogó don Gabriel.

—No lo sé... aquí...

Y enseñaba la ropa, jironada y con manchas de sangre.

—Eso al sastre; ahí le tienes, á la puerta del café. Yo no entiendo de respuntes.

El herido, pálido ya, clamaba amargamente:

—¡Qué gente! ¡Van á dejarme morir! ¡Por la Virgen del Carmen! ¿No hay un alma caritativa en este pueblo?

Una señora reprochó al médico aquel modo de proceder.

—Eso es inhumano, don Gabriel.

—Pero, señora mía, si no adelanto nada con bajar. Tengo el botiquín en el Ayuntamiento, y ya ve usted que es imposible pasar sin exponerme á una cornada. Y la caridad bien enten-

didá... Además, eso carecerá de importancia. Los toreros tienen una encarnadura especial, y cuando no mueren en la plaza, es que sólo han sufrido heridas pequeñas. Los médicos exageran algo para poner luego buenas minutas. Conozco el paño.

El banderillero, viendo que nadie le atendía, se había echado en el suelo. Lo mismo daba morir allí que en otro sitio. Y rodando se colocó debajo de una carreta.

Entonces don Gabriel dijo á los que estaban cerca que le subieran á la carreta y le pusieran sal y vinagre en la herida mientras mataban al toro y podía él curarle debidamente. Corrieron las voces, y luego de mano en mano pasaron el vaso con salmuera. Cuando se le aplicaron á la herida, abierta en la región glútea, el banderillero prorrumpió en quejidos.

—¿Escuece?—preguntó don Gabriel.

—Zí, zeñor; escuece mucho.

—Pues lo que escuece cura, muchacho. Hasta luego, y no tengas cuidado.

Volvieron á seguir las peripecias de la lidia. Otro muchacho había cogido las banderillas; pero no hacía más que salir en falso, sin de-

mostrar deseos de querer clavarlas. El público comenzaba á bajarse de las carretas. Puesto que los toreros no servían para hacerlo, ellos mataban al toro.

José Luis cogió un par; se acercó al palco de las madrileñas, y brindó:

—¡Vaya por mis paisanas!

—Gracias, muchacho—dijo el marido de una de ellas—, y si tú no las pones, ya puede matar al toro la guardia civil.

—Las pondré—contestó el muchacho.

Y se fué al toro, que seguía en la querencia del corral, campando por sus respetos. José Luis se arrimó á la tapia; citó; revolvióse el toro como una exhalación; acometióle, y el muchacho, cambiando limpiamente, clavó las banderillas.

—¡Bravo, chaya! Están algo caídas; pero has puesto un par con doscientas arrobas de valentía. ¡Eso es tener hígados!—le dijo el escultor.

Aún clavó otros dos pares entre una ovación grande, colosal. Le arrojaban puros, sombreros y botas de vino, que se llevaba á los labios sin mojarlos siquiera.

Una mujer del pueblo gritó:

—¡Bien, chiquillo! Si tu madre te viese de seguro que se le caía la baba.

José Luis empalideció al oír aquellas palabras. ¡Qué ajena estaría su madre de lo que sucedía! No; ella no quería verle, no le vería nunca.

Mientras venía á brindar el *Mirlo*, don Paco decía á los que estaban junto á él:

—¡Vaya un niño, cabayeros! Pá mí que ese toreaba ya en el claustro de su mamá.

Se habían caldeado los ánimos y la gente volvió á entusiasmarse; pero apenas comenzó á pasar el *Mirlo*, bien ayudado por José Luis, el desaliento se apoderó de ellos. ¿Aquello era un torero? Imposible. En cuanto vió al toro parado, sin cuadrar, y con la cabeza por el suelo, se tiró de cualquier modo, sin mirar donde clavaba el estoque, y como si sólo le preocupase la idea de buscar un sitio en que ocultarse.

Y resultó que al sentirse herido el toro, levantó la cabeza y el *Mirlo* subió más alto que aquella célebre veleta regalada por el matador famoso. Antes de que cayese al suelo recogióle el toro, sólo que esta vez le tiró contra una talanquera.

—¡Vaya una tardecita! ¡Sí que se divertían!
Ya se lo habían dicho: aquello era mucho toro.

Inconscientemente José Luis había cogido la muleta y el estoque, y se dirigía á pedir permiso al alcalde, para acabar con el toro. La gente gritaba:

—Sí, que le mate el pequeño.

—¡Anda, valiente!

Pero el alcalde, asesorado por don Paco y por el teniente de la guardia civil, negó el permiso. Se exponía á un disgusto si le ocurría algún percance al muchacho.

El toro, desangrándose y aburrido, se había acostado junto á una de las talanqueras. Los mozos empezaban á bajarse dispuestos á rematarle á puñaladas. Ante el temor de una hecatombe, el alcalde dispuso que enmaromaran al animal, lo que consiguieron tras de no pocos esfuerzos. Entonces, con un chuzo se acercó el propio alcalde y dió fin de aquella desastrosa fiesta; no sin antes recibir un achuchón que á poco deja sin autoridad á los madroñaleros.

Ni había luz ni humor para correr los cabestros. La gente comenzó á desfilar, y los torerillos, mustios y cabizbajos, se dirigían hacia el

Ayuntamiento sin «echar el guante». ¡Habían tenido mala pata! Entonces, á los madrileños se les ocurrió soltar unos globos grotescos, y todos volvieron á ocupar sus puestos. Pidieron que la música tocara. Aquello era muy divertido, y sobre todo gratis y fuera del programa. ¡Al fin tenían una sorpresa!

Los torerillos aprovecharon la ocasión. Cogieron un capote y con él extendido recorrieron la plaza. De palcos y carretas les echaban monedas de cobre. Habían estado muy mal. De haberlo hecho mejor les habrían echado un dinerito, porque en aquel pueblo eran muy rumbosos. Y con frecuencia, al arrojar un puñado de monedas, decían:

—Para el pequeño. Vosotros no merecís nada. Sois muy malos. ¡Maletas! ¡Chambones!

Pero José Luis decía que todos eran iguales, sólo que estuvieron desgraciados. Él era el peor de todos. Toreaba aquella tarde por primera vez.

En el Ayuntamiento se encontraron con los toreros heridos. El único que no parecía por ninguna parte era el apoderado del *Mirlo*. Como si la tierra se lo hubiera tragado.

Preguntaron al médico:

—¿No decía yo que no era cosa de cuidado? El banderillero, una herida de cinco centímetros en la región glútea. ¿Sabéis? Total, que no se podrá sentar durante unos días. El matador, magullamiento general. Cinco ó seis días de cama. Pero están podridos; ¡un asco! Cuando acabe de curarles tendré que desinfectarme hasta las uñas de los pies. Podéis marcharos tranquilos: aquí se les cuidará bien y no saldrán sino después de curados. Pero de la cogida del toro, ¿eh?; de la otra que les cure su abuela.

El escultor y los ganaderos les dieron algunas monedas de plata. Contaron el dinero: cuarenta pesetas y treinta céntimos. Hecho el reparto, don Anacleto quiso llevarse á José Luis.

—Ya está preparada la cena; luego iremos al baile y á ver la pólvora.

Se sentía orgulloso de haber alojado en su casa al único torero que se había hecho aplaudir. Pero el muchacho, después de darle las gracias, se negó.

—Adonde yo me voy escapado ahora mismo es á Madrid. Tengo ansia de abrazar á mi ma-

dre y comérmela á besos. La pobre estará muerta de angustia, temiendo que me haya ocurrido alguna desgracia.

—¿Has toreado muchas veces?—preguntó el escultor.

—Es la primera, señorito.

—Pues tienes hechura y madera de torero.

—¡Vaya si tiene!—apuntó don Paco—. ¡Y la «mar de hígados!»

—Si tú quieres, yo te prometo que no tardarás en torear en Vista Alegre—indicó uno de los ganaderos.

—¿Lo dice usted de veras, señorito?

—De veras. Soy amigo del empresario, y no me ha de costar gran trabajo conseguir que te contraten.

—Si usted hace eso, será para mí un segundo padre.

—Lo haré. El jueves por la noche ve á buscarme á Fornos.

El muchacho quería besarle las manos. Se despidió y escapóse por entre la gente, apiñada á la puerta del Ayuntamiento, con el deseo de estrecharle la mano.



X

CERCA de las doce llegó al café. Cuando la señora Paca le vió sonriente depositar en sus manos un puñado de pesetas, comenzó á palparle. ¿Pero era cierto que venía sano?

—Sí, madre, y en disposición de ir mañana á la imprenta. Lo único que tengo es mucho sueño. Vengo rendido de la caminata.

—¿Y cómo has pasado el día?

—Muy bien, madre mía. Me han tratado á cuerpo de rey.

La madre volvía á palparle, temerosa de que la engañara.

—¡Qué alegría, hijo de mis entrañas! ¡Tenerte aquí otra vez! He llorado mucho, mucho. Las

cosas negras que han pasado por mi imaginación...

—No sea usted aprensiva. ¿Ve usted cómo no me ha ocurrido ningún percance?

—Gracias á Dios, hijo mío. Pero ha podido ocurrirte; sólo de pensarlo, ya ves cómo me pongo de nerviosa.

Y loca de alegría le besaba y le estrujaba entre sus brazos.

Los parroquianos del café querían que les refiriese los percances de la corrida; pero él se excusaba:

—No podría llegar hasta el fin; me estoy cayendo de sueño. Mañana les contaré todo: hay cuerda para un par de horas, si ustedes no se cansan.

La señora Paca cerró el cajón y se retiró con sus hijos. Después de acostar á los pequeños, cogió á José Luis por su cuenta. Le desnudó y comenzó á escudriñarle las carnes para cerciorarse de que no tenía ninguna herida. Luego le golpeaba el pecho y la espalda; y á cada nuevo golpe observaba minuciosamente la cara del muchacho para ver si hacía alguna contracción dolorosa. Ya tranquila, le besaba frenéti-

ca, enloquecida, como si acabase de recobrarle después de un peligro inminente.

—¡Qué contenta estoy, hijo mío! Me parece que acabas de nacer por segunda vez.

José Luis refa satisfecho al ver la dicha de su madre.

—Sería tan feliz si renunciases al toreo...

—¡Imposible!, madre. Antes, tal vez, porque aún no sabía si tendría ó no condiciones; pero después de haber debutado con tan buena suerte... Nuestro porvenir está en el toreo. Yo quiero que usted tenga una vejez tranquila, lejos del puesto de periódicos, y lo he de conseguir. Además, estoy comprometido para torear en Carabanchel. Si ahora me volviese atrás, dirían que era un cobarde, aun los mismos que esta tarde me vieron arrimarme al toro con la misma tranquilidad que si llevara muchos años toreando.

La madre quería saber todo lo que le había ocurrido; pero temía quitarle de dormir.

—Yo se lo contaré, madre. Si no tengo sueño. Estoy un poco cansado nada más.

—Pues échate en la cama.

—Es que en el café no quise contar nada

para que no creyesen que me ponía moños, como hacen la mayoría de mis compañeros. ¡He tenido una gran tarde, madre de mi alma!

Cuando ya estuvo en la cama, la señora Paca se sentó junto á él. José Luis contó todos los incidentes, desde su llegada, falseando la verdad en algunos de ellos, para no atormentar á su madre con el relato de las cogidas. A cada momento la madre le interrumpía con sus besos. Otras veces le preguntaba:

—¿Pero hiciste tú eso?

—Sí; y cada día haré más; porque esta tarde me he convencido de que no tengo miedo á los toros. Siempre creí que podría acercarme á ellos tranquilo; pero no sospeché que pudiese llegar adonde hoy he llegado.

—Mañana voy á encargar que digan una misa á la Virgen de la Paloma por haberte sacado con bien de tu empresa.

—Y si puede ser cantada, mejor; que se ha portado muy bien conmigo.

Ahora, á dormir. Y no madrugues; yo avisaré al regente para que te dispense el no ir por la mañana.

—¡Quiá! He de entrar el primero en el taller.

Me despedí de mis compañeros hasta el lunes, y si no fuera, creerían que me había ocurrido alguna desgracia.

—Como tú quieras, hijo mío. Otro beso: el último.

En la imprenta le acosaron con preguntas y pullitas:

—¿Cuántas orejas te han dado?

—¿Pusiste las banderillas al toro, ó se las clavaste en el cuello á algún compañero?

—¡Buenos traerías los calzoncillos!...

—Se los lavó antes de llegar á casa, ¿verdad, José Luis?

Y así seguían mortificándole con bromas que semejaban alfilerazos. Para los oficiales era aún el muchacho á quien enviaban con los botijos en busca de agua fresca.

José Luis les escuchaba resignado, sin levantar la cabeza del original, y siempre cogiendo letras en los distintos cajetines para formar con ellas líneas. Fué preciso que interviniese el regente, amenazádoles con echar á la calle al primero que levantara la voz.

—¿Queréis saber cómo ha estado? Pues yo os lo diré, porque él me lo ha referido con acento

sincero. Estuvo muy bien y valiente hasta la temeridad. Debéis alegraros de verle sano entre vosotros, y sentir orgullo de tener un compañero tan prudente y juicioso como él. Si otro hubiese realizado sus hazañas, las estaría pregonando á son de bombo y platillos. Ya lo sabéis.

Cuando el regente volvió la cabeza, algunos rezongaron. Se conocía que era parte interesante... Como le iba á nombrar apoderado...

Pero á la hora de comer la alegría fué general. Le sacaron por el portal en hombros. Lo que antes le dijeron eran guasitas, «pitorreos». En algo habían de emplear el tiempo. Demasiado sabían ellos que era capaz de realizar las mayores proezas taurinas. Lástima que no les hubiera avisado á tiempo. Hasta el fin del mundo habrían ido á verle.

—Cuando torees en Vista Alegre, puedes estar seguro de que no faltamos ninguno.

—Poquito tontos vamos á estar teniendo un torero del oficio. ¡El primero! ¿Os habéis enterado?

—El primero, no. Hemos tenido otro. Ya sabéis, Eusebio Martínez, el que fué banderillero de *Lagartija*.

—Ese no era tipógrafo, sino marcador de litografía.

Otro citó un popular crítico taurino y autor cómico, que también había toreado varias corridas. Tampoco había sido tipógrafo: fué encuadernador, «oficial de cuchara».

—Te debes apodarar el *Tipógrafo*.

Así pasaron la hora de comer. Con la nobleza de los trabajadores que pasan juntos buena parte de la vida, gozaban con el triunfo de José Luis, como si fuera cosa propia.

Por la noche se empeñaron en acompañarle procesionalmente hasta el café. Aunque él protestó, tanto porque su modestia le impedía aceptar aquel homenaje, como por tener que ir en busca de Isabel, que estaría deseando verle, no pudo impedirlo.

—Con que te vea sano y bueno, ya es bastante. Por una vez que dejéis de decirnos ternezas...

—Además, te prometemos no decir ningún chicleo á tu novia. ¡Palabra!

—Iremos muy formales, y cuando llegemos al café te damos un aplauso, y á casa.

Tuvo que acceder si no quería pasarse aquella noche sin decir á Isabel cuatro palabras.

Cuando la muchacha le vió acompañado de tantos hombres, temió una desgracia, y corrió á él angustiada.

—¿Qué te ocurre?, Pepe Luis.

Le explicó todo. Eran sus compañeros de taller: unos guasones que se habían propuesto llevarle en triunfo hasta el café. Después, le contó cuanto había hecho, y ella, con los ojos encendidos, seguía ávidamente el relato. Así le quería ella. Ya podía venir su padre con la estaca, dispuesto á molerla á palos. Sufriría todo con gusto. Y apretándose á él, le decía muy bajo, para que los otros no la oyeran:

—Estoy loca de alegría, Pepe Luis; sí, loquita. Te quiero tanto... Si supieras qué domingo he pasado. Antes de ir al taller subí á tu casa para enterarme. Ya sabía por tu madre que estabas bueno y las hazañas que habías realizado; pero oyéndotelas á ti, me parecen aún más grandes.

Al llegar al café, ya estaban allí sus compañeros de cuadrilla: los había chocado no verle por la Puerta del Sol. En previsión de que hiciese fortuna en el toreo, se le arrimaban. Había empezado con éxito halagüeño, y además

tenía un buen padrino. ¡Camará con la suerte de algunos!

Les dijo que estaba bien, sino que él no era aficionado á exhibirse. Cuando quisieran verle tendrían que esperarle á la salida del taller, ó venir en su busca al café. Nunca le encontrarían por los sitios en que se reunían los desocupados para estorbar el paso y decir palabras groseras á las señoras.

—Ya habéis visto que tengo otra clase de madera.

—¿Visitaste al ganadero que te apadrina?

—Me citó para el jueves.

—Estamos impacientes por saber si toreas en Vista Alegre.

—¿Te acordarás de nosotros?

—Sí; nunca podré olvidar que habéis sido mis primeros compañeros.

—¡Gachó contigo! Has tenido la mar de suerte.

—En cambio nosotros, como no tenemos quien nos dé la mano, andaremos siempre de pueblo en pueblo, sin adelantar un paso.

José Luis les ocultaba su pensamiento. Nunca llegarían á ser nada, ni nadie se interesaría por ellos, porque tenían mucho miedo. Si ha-

bían sufrido algún porrazo era porque los buscaba el toro, no porque se hubieran arrimado á él. Y en cuanto pudieran, sacarían sus mañas rateriles.

Vino la madre de José Luis.

—¿Qué haces aquí? Don Anacleto, tu patrón del Madroñal, te está esperando hace un rato.

José Luis corrió á saludarle; los torerillos se colaron detrás. Acaso se les pegase algún café, y si era con tostada, mucho mejor.

—Buenas noches, José Luis. Salud, muchachos. Sentaos y pedid lo que queráis: yo pago.

Se apresuraron á pedir café con media tostada.

—¿Sabes? He venido esta tarde para arreglar mañana un asunto, y he querido charlar contigo un rato. ¿Qué tal el viaje? Bien, ¿eh? Me alegro. Yo hubiese querido que te quedaras á dormir en casa; te habrías venido por la mañana en el coche.

—No podía faltar al trabajo. Gracias, don Anacleto.

—Señora, tiene usted un hijo que vale cualquier cosa.

—Sí que es bueno, señor.

—Y valiente como pocos. Esta mañana no se hablaba en el pueblo de otra cosa. Y el año que viene, ó mata él el toro ó no hay corrida. ¡Vaya unos pares de banderillas que puso!

—¿Y los heridos?—preguntó José Luis, aprovechando una ausencia de su madre.

—Como si tal cosa. Esta mañana se han zampado una fuente de chuletas que metía miedo.

Estaba muy contento de alternar con aquellos muchachos. Sentía verdadera debilidad por la gente de coleta. En sus mocedades había capeado mucho: no había en el Madroñal quien rindiese á un toro tan pronto como él.

Y en prueba de su aserto, citaba una lámpara que había comprado al famoso matador que regalara el reloj de torre, pagándole por ella cuatro ó cinco veces su precio.

Hablaba fuerte, con la ingenuidad del labrador adinerado, que en todas partes se halla como en su casa.

Los parroquianos del café le escuchaban con regocijo. Luego, cuando comenzó á relatar los lances de la corrida, fueron acercando las sillas, hasta quedar todos en tertulia fraternal, como en un café provinciano.

Llamaron á Luis el pianista.

—Escucha esto y deja en paz el piano.

La señora Paca escuchaba en último término, y el encargado del mostrador, como una esfinge, cortaba terrones de azúcar, mirando envidioso á los que podían disfrutar de la charla del forastero.

Don Anacleto refirió todo, sin omitir el menor detalle. El muchacho era un valiente y tenía madera y hechuras de torero. El lo había adivinado, y por eso se le llevó á su casa. ¡Lástima que no hubiera podido pasar allí quince días! Le habrían tratado á boca qué quieres; porque á Dios gracias había con qué. Y todo cogido en casa, como ya le dijo. Pero, en fin, podía ir cuando quisiera, y lo mismo su familia; para él no había mayor satisfacción que tener la casa llena de forasteros. Gozaba lo increíble cuando veía mucha gente sentada á la mesa.

Cuando don Anacleto terminó su relato, los parroquianos, y entre ellos Galíndez, felicitaron al muchacho. La señora Paca no podía contener las lágrimas, que se deslizaban por sus rugosas mejillas.

José Luis, con la cara enrojecida y la cabeza baja, estaba silencioso, como si se hallara delante de un tribunal que hubiese de juzgarle de algún delito grave.

Al fin, la señora Paca enjugó sus ojos, y con una voz que parecía salir de lo más profundo de su alma, le preguntó:

—¿Pero cómo has podido hacer todo eso?, hijo mío.

—Porque llevaba el capote del señor Galíndez y ya le conocían los toros—contestó el muchacho ingenuamente.

—Pues tuyo es—dijo el banderillero—. Y además, cuenta con uno de paseo para que te luzcas el primer día que torees formalmente.



XI

osé Luis comenzó á recorrer todas las plazas. Tras de la corrida en Carabanchel, donde confirmó su valor, vinieron otras, y en todas derrochaba su audacia. Le faltaba el arte, que sólo se consigue con la práctica; pero él lo tendría pronto, porque poseía una tranquilidad pasmosa, rayana en la inconsciencia. Para la temporada próxima ya tenía compromiso con dos matadores que le querían llevar en sus cuadrillas; pero él ambicionaba más: quería llegar á «matador», para ver realizadas sus aspiraciones.

Había tenido que abandonar el trabajo de la imprenta, y fiel á sus compañeros, cuando disponía de algunas pesetas iba á buscarlos y les convidaba á tomar café. Les preguntaba con gran interés cómo marchaba el trabajo. Iba

peor cada día, ¿verdad? Siempre lo había dicho: en tiempo no lejano, los obreros no podrían vivir. Cada día estaban las cosas más caras, y los jornales no aumentaban. Él ganaba poco aún y no podía convencer á su madre para que traspasara el puesto, que dejaba lo suyo; pero no tardaría en hacerlo: cuando él fuera «matador».

Le escuchaban embobados, viendo en aquel muchacho, á quien en otro tiempo gastaran bromas crueles, un ser superior, uno que había tenido talento para redimirse. Pero no sentían envidia. Se mostraban satisfechos de que se hubiera puesto el alias que ellos le dijeron, y consideraban como si fueran suyos propios los triunfos del *Tipógrafo*.

Les había dicho que sólo llevaría el apodo mientras fuese novillero; en cuanto tomase la alternativa, se llamaría José Luis Domínguez, nada más. En esto tenía su opinión.

El señor Prudencio, el regente, le oía sin entusiasmarse. Gozaba con sus éxitos, pero no los compartía. Era enemigo de la fiesta taurina, por convicción. Opinaba que obraría muy cuerda-mente el Gobierno que la suprimiera de raíz, por atentatoria á la cultura. Mientras hubiese

tantas plazas de toros, no tendría vida el teatro grande, aquel teatro que él venía cultivando desde su juventud en una sociedad de aficionados.

Y recordando sus esperanzas de llegar á ser uno de esos actores que se envenenan en la escena ó atraviesan el pecho con un puñal, por no poder sufrir los desdenes de la mujer amada, arremetía contra la fiesta taurina, «esa fiesta bárbara que tantas víctimas estaba causando.»

—Aunque á mí no me preocupa nada de lo que á los toros atañe—decía—, no dejo de comprender que los aficionados se dedican á inventar ídolos, ya que éstos no existen; y en cuanto un torero se arrima un poco ó hace cuatro cosas, le ponen en las nubes. Tú eres un ejemplo, José Luis. Los que te adulan creen que dejarás en mantillas á los más famosos maestros.

—No tanto, señor Prudencio.

—Yo creo que hoy no hay toreros, porque hacen los aficionados ídolos de barro, y sentáis plaza de capitanes generales cuando aún no habéis llegado á cabos de escuadra. Sólo así se explica que apenas comienza la temporada taurina, los médicos no den paz á la mano. Digo,

á menos que se hayan cambiado las cosas, y los toros hayan aprendido el arte de coger fácilmente á los toreros.

José Luis reía. Aquel señor Prudencio era imposible.

—Si tú lo consideras beneficioso para tus intereses, no tengo inconveniente en servirte de apoderado, de administrador, de lo que sea; pero nada de ir yo á los toros. ¿Estamos?

—Ya irá usted algún día, y verá como se aficiona. Es una fiesta muy sugestiva y muy española, señor Prudencio. Ya lo verá usted...

—No lo niego, muchacho; pero también has de reconocer tú que es muy bárbara. ¿Quieres que volvamos á las antiguas polémicas?

José Luis protestaba.

—No hay tal barbarie. ¿Qué me dice usted de los boxeadores ingleses, que se deshacen la cara á puñetazos, como si lucharan por su honor, cuando sólo lo hacen para divertir á los espectadores? Cada nación tiene sus fiestas típicas; sólo que en algunas ni siquiera existe una pizca de arte.

Para terminar la polémica, el señor Prudencio preguntaba:

—¿Cuándo empiezas á matar?

—Muy pronto. Por mí ya lo habría hecho; pero el señor Galíndez dice que aún no estoy en condiciones.

—Cuando él lo dice...

—Pronto lo veremos. Ya sabe usted que en el Madroñal estoy obligado á matar el toro; y aunque Galíndez no lo sabe, ya he matado novillos en varias plazas.

—Tú verás lo que haces. Esta es una materia en que nunca pude aconsejarte, porque no quisiste hacerme caso.

Siempre se despedían lo mismo. Al señor Prudencio no había manera de hacerle tragar la cosa... Si José Luis se hubiera hecho cómico...



XII



E celebraba la verbena de San Cayetano, y aunque la gente del barrio pretendía ocultarlo, faltaba la animación de años anteriores. El alcalde, con muy buen acuerdo, había negado el permiso para desnudar los árboles y vestir con su ramaje los palos que formaban los bailes callejeros. Tampoco concedió licencia para construir tinglados al aire libre. Si querían ramaje podían comprarlo en los jardines particulares; no había ninguna razón que aconsejara privar al pueblo de sus árboles, en beneficio de unos pocos que pretendían divertirse; ni tampoco impedir la circulación de peatones y carruajes. Para eso tenían solares en el distrito. Que los alquilaran.

Como el comercio estaba esquilado por los

tributos, mayores cada día, y por las malas ventas, tampoco había hecho nada. Sólo en las tabernas se veían colgadas algunas tiras de cadenera de papel de colores, ennegrecido por las moscas. En algunas puertas, los parroquianos estaban sentados en banquetas, formando corro con el barreño de limonada en el centro.

José Luis había ido en busca de Isabel. Cuando los padres de la muchacha vieron que lo del toreo se formalizaba, hicieron la vista gorda. Quién sabe si algún día aquella muchacha pudiera ser el descanso de su vejez.

Subieron por la calle del Mesón de Paredes, caminando muy juntos, como si pretendieran que sus cuerpos se fundieran en uno solo.

Isabel ya estaba hecha una mujer. Era alta, pero sus curvas amortiguaban un tanto su estatura. Su pecho, firme y opulento, sustentaba una linda cabecita rubia, de ojos azules, luminosos, grandes. En su tez nacarina, surcada por azules venas, destacábase una nariz griega, de rojas aletas sensuales; rojos como cerezas eran también sus carnosos labios; menudos y apretados sus dientes marfileños. José Luis la examinaba embelesado. Estaba muy guapa. Nunca

se había fijado tan detenidamente en los encantos de aquella chiquilla.

Se había recogido el pelo en lo alto de la cabeza, que parecía un ramillete de bucles, y sujetaba el moño una cinta de seda azul, dejando al descubierto, por el escote de la blusa, una nuca apetitosa. El traje de satén rameado, que ella recogía graciosamente, realzaba las admirables curvas de su cuerpo. Calzaba zapatos bajos, con cintas de cuadros blancos y negros, y por debajo de la fimbria del vestido asomaba una pierna vigorosa, cubierta por calada media de seda negra.

José Luis estrenaba aquella noche un traje de alpaca clara, con americana larga, entallada. Sólo el sombrero cordobés, por debajo del cual asomaba el arranque de la coleta, dejaba conocer al torero.

Cerca de la plaza del Progreso, los jóvenes tuvieron que detenerse. Estaba la calle interceptada por la gente. José Luis preguntó si había ocurrido alguna desgracia. No. Eran unos señoritos que, en compañía de unos industriales adinerados, estaban corriendo una juerga á la puerta de una taberna lujosa. Habían traído

un cuadro de cante y baile flamenco, y el jerez corría que era una bendición. Si se aguardaban un poco oírían cantar.

Isabel le rogó que esperara. Puesto que no les dejaban pasar, nada perdían. Al cabo de un rato un individuo comenzó á templar la guitarra, y poco después, otro, con voz aguardentosa, entonó una soleá fúnebre.

José Luis invitó á la muchacha á tomar otro camino. Comprendía que era un madrileño patoso; pero no le gustaba aquello. ¡Vaya unas juergas! Empezaban por cantar cosas tristes y terminaban, ¡naturalmente!, en la Delegación.

—Sí; vámonos—dijo Isabel—. No comprendo cómo llaman á eso divertirse.

—La sal andaluza, chiquilla.

Bajaron hacia la calle de Cabestreros para ir á la *Kermesse*. A su paso, los hombres miraban con descaro á la joven, y algunos la decían requiebros groseros, según el grado de cultura que tenían ó la cantidad de alcohol que llevaban en el estómago.

José Luis enrojecía de rabia; pero ella le calmaba.

—Ya sabes que los hay muy frescos. Si te dis-

gusta, nos marchamos á casa, y en paz. No es cosa de tener una polémica á cada paso.

Al llegar á una casa de préstamos, Isabel se quedó parada ante el escaparate, lleno de pañuelos de Manila de atrayentes colores.

No lo podía remediar: aquella prenda le sugestionaba. Cuando iba al teatro y veía á las tiples con los pañuelos artísticamente colocados, pensaba que no había ninguna prenda como aquélla para realzar los encantos femeniles. Siempre había ambicionado tener un buen mantón de Manila para lucir su palmito en las verbenas y hacer que todos los hombres tuvieran envidia á su Pepe Luis. Pero nunca llegaba el día de conseguirlo. Por lo visto, sólo podían poseer aquella prenda las estantiguas que á lo mejor pasaban por su lado: mujeres ya viejas y horribles, á pesar de sus alhajas y afeites, ó las que le llevaban alquilado cuando salían por las calles á subastar sus cuerpos.

José Luis, que la había escuchado atento, la preguntó de pronto:

—¿Qué pañuelo de esos te gusta?

—¿Me le vas á regalar?—interrogó ella sonriente, mostrando sus dientes marfileños.

—Ahora, no; pero más adelante puedes contarle por tuyo.

—¿Lo has tomado en serio?

—En serio y muy en serio. ¡Y poco guapa y chulona que vas á estar tú cuando ciñas ese tallcito de palmera con uno de esos pañolones! ¡Y poquito orgulloso que iré yo á tu lado, viendo cómo hasta las piedras de la calle se levantan para echarte piropos! ¡Olé, cara bonita! Debía usted andar por una alfombra de rosas y claveles para que no se le estropearan esos pies tan chiquirritines como almendras.

Isabel reía, satisfecha en su vanidad de mujer hermosa. José Luis continuó:

—Voy á preguntar cuánto cuesta aquel rojo bordado con oro. ¿Te gusta?

—Sí; me gusta. Pensamos lo mismo. Pero es una tontería que lo tomes por lo serio. Ni tú puedes comprarme el mantón, ni yo recibirle. Anda, vámonos. Déjate de eso.

—He dicho que voy á entrar, y entro; si tú no quieres acompañarme, me esperas en la puerta.

—Pero, Pepe Luis, no seas tonto: se va á reir de nosotros el prestamista.

—No se reirá; porque si esta noche no, yo te aseguro que he de comprar el pañuelo, y cuando yo toree en la plaza de Madrid, le lucirás tú en una delantera de grada.

—Eso no—dijo la muchacha, con los ojos anublados por las lágrimas—. Como buena madrileña, me gustan los toros; pero toreando tú, no tendré valor para ir á la plaza.

—¿No has de tenerle?, bobona. Si allí no ocurre nada. Vamos, sécate esos ojazos, que te pones muy fea. Vamos adentro.

Apenas abrieron la puerta, el prestamista, gran aficionado á los toros, saludó al muchacho.

—Usted es el *Tipógrafo*, ese torerito que ha puesto el mingo en Vista Alegre, ¿verdad? Le conozco muy bien. Es usted el primer peón de brega, la Providencia de los que torear allí. ¡Y no digamos con las banderillas en las manos!...

Y como el muchacho callase, continuó el comerciante:

—¿Viene usted á comprar alhajas, verdad? Las tengo de lo mejor y en buenas condiciones. Casi todos los toreros se surten aquí; porque además de vender más barato que nadie, las doy fiadas.

—No. Vengo á saber el precio de aquel pañuelo de Manila que tiene usted en el escaparate.

—¿El rojo, verdad?

—Sí, señor.

—Es una alhaja. Cómo se conoce que dique-la usted, mi amigo.

Y corrió á sacar el pañuelo.

—Es que no vamos á comprarle ahora.

—No importa. Ustedes le ven y le examinan, y si la señora quiere, se le lleva para lucirle esta noche. La verdad es que en nadie estaría mejor empleado.

—Muchas gracias por el favor.

—Justicia, preciosa. Con permiso, ¿eh? Es usted de lo mejor que se pasea por la calle del Mesón de Paredes, y merecía un novio como el *Tipógrafo*. Porque supongo que serán ustedes novios, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Por muchos años; es decir, Dios quiera que se casen ustedes pasado mañana. Y si no tienen padrino, aquí estoy yo, y á mucha honra. ¿Con que el rojo, verdad?

Le sacó del escaparate y le puso extendido sobre el mostrador.

—Vean ustedes; seda pura. Ni una hilacha de algodón. Y legítimo de Manila. Este no es de esos que fabrican en Cataluña. Una alhaja. Ha sido de...

Y dijo unas frases en el oído de José Luis.

Isabel palpaba el mantón. Sentía una sensación voluptuosa cogiendo el fleco y dejándole caer como si fuera una cascada de líquido rojo.

—¿Cuánto vale?—preguntó José Luis.

—Como valer, vale dos mil pesetas tiradas á la calle.

—Eso es mucho dinero—insinuó Isabel.

—No se asuste usted, joven. Una cosa es su valor y otra es su precio. Figúrese usted que yo pido permiso al señor, coloco á usted el pañuelo en los hombros, y la digo: «Ahí le tiene usted regalado para que le luzca.» ¿Le parecería á usted caro?

Se echaron á reir. ¡Vaya si tenía labia el tal prestamista!

—Vamos, en serio, ¿qué precio tiene?

—¿Lo ve usted? Así se habla. En otra ocasión no se le habrían llevado de mi casa en menos de mil pesetas; pero ahora, como todo está muy malo, se le dejaré en novecientas.

—Ponga usted ochocientas y ya es mío—dijo José Luis con firmeza.

—Pero muchacho, ¿estás loco?

—Deje usted al señor, que bien se ve que tiene gusto y pupila.

—Lo que no tengo es dinero. De modo que si le conviene, tendrá usted que esperar algún tiempo; acaso muy poco. Le dejaré señal.

—Lo que me va usted ha dejar es la de su casa para enviársele ahora mismo. Digo, si es que no se le quiere llevar puesto la señora. Y usted me lo va pagando como pueda.

—Eso no. Cuando tenga el dinero se lo entrego á usted y nos llevamos el mantón. Nada de fiado.

—No sería el primero.

—Gracias, y hasta que vengamos por aquí.

Se fueron. Por el camino Isabel le reprochaba aquello. Era una locura.

Subieron hasta el café donde se realizó la primera contrata del muchacho, y donde tantas noches pasó voceando *La Corres* y el *Heraldo*.

Los parroquianos, antiguos conocidos, le felicitaban cariñosos. Era su hombre, su ídolo, el

torero madrileño tan ansiado para que no les restregasen siempre por la cara que los toreros y los toros habían de ser andaluces. ¿Se habían olvidado ya de aquel *Frascuero* que electrizaba á los públicos con sus estocadas? Cuando el *Tipógrafo* se decidiera á coger el estoque, ¿ya verían lo que era canela.

Los muchachos tomaron helado. A Isabel le divertía ver cómo hacía José Luis equilibrios con la cuchara para no dejar caer el copete. Si hubiesen estado solos le habría ofrecido mantecado en su cuchara; pero todas las miradas estaban fijas en el ídolo. Era fastidiosa aquella popularidad. Además, sentía celos de las mujeres, que parecían devorarle con los ojos...

Fueron á la *Kermesse*; pero Isabel no estaba allí á gusto. Había mucha gente, y el ruido, las luces y el polvo que levantaban las parejas al bailar, le hacían daño. Otras veces le había gustado pasar allí un par de horas; pero aquella noche le desagradaba el bullicio.

Tampoco quería pasear por la calle de Embajadores, atestada de gente, que marchaba apiñada en estúpida promiscuidad. Había algunos imbéciles que, no contentos con decir gro-

serías á las mujeres, las tocaban donde podían; ya le habían pellizcado varias veces, pero se calló á fin de evitar un disgusto.

Caminaban embobados, sin fijarse en los que vendían á «perra gorda» cabezas de ministros; ni en los que pregonaban el *Garibaldi*, hecho groseramente con cartón pintarrajeado, con su enorme bota, que nunca acababa de vaciar; ni en las rosquilleras, que exhibían un género ya averiado por la eterna correría de todas las fiestas populares, comenzando por la de San Ildefonso. En una esquina, un pajarillo disparaba un cañón, y luego sacaba la «suerte de la persona» por una «perra chica». José Luis compró dos papelitos. Iban á ser felices.

Era la eterna verbena, la misma de todos los años, con sus torraos, sus avellanas verdes, sus pitos y sus puestos de churros, cuyo aceite apesataba.

Bajaron hasta cerca del Canal, gozando de la plácida poesía del paisaje. Iban muy despacio, pegados el uno al otro, musitándose palabras tiernas y como si temieran que llegara la hora de restituirse Isabel á su casa.

Se sentaron en una umbría. Desde allí vieron

los reflejos de los fuegos artificiales. Se estaba muy bien allí, en la dulce placidez de un paisaje fresco y silencioso.

Después de estar sentados un rato, tornaron hacia arriba, con marchar perezoso, como si sintieran sus miembros dominados por una laxitud agotadora.



XIII



L fin consiguió Isabel poseer el mantón de Manila para ceñir con él su cuerpo voluptuoso. José Luis, desoyendo los consejos de Galíndez, que «aún no le encontraba cuajado para mataor», hizo caso á los que le consideraban como un astro taurino y comenzó á matar novillos en plazas de tercera categoría.

Tuvo suerte, las contratas menudearon y pudo comprar á Isabel la apetecida prenda, para que la estrenara cuando torease en Madrid la primera novillada.

Le había costado mucho trabajo conseguir que le aceptara; pues aunque con los ojos decía que estaba deseando recibirlo, resistíase valientemente.

—No hay motivo para que te gastes en mí ese dineral.

—Pero chiquilla, si tengo gusto en ello. ¿Vas á dejarme feo? Ya le he comprado. Si tú no le quieres, se le regalaré á la primera que pase por la calle. Ya sabes que mi madre ha prometido no quitarse el luto.

La madre de Isabel intervino:

—No seas tonta, mujer. Debes tomarle puesto que te le ofrece de buena voluntad, y en ello no hay ningún inconveniente. ¿No habéis de casaros muy pronto? Pues es natural que te haga el regalo de boda.

Al fin le cogió.

—Póntele; á ver cómo estás con él—la dijo José Luis.

—Pero tonto, si no estoy arreglada. Además, como no tengo costumbre...

—¿Qué importa? Anda, póntele.

Se le colocó. Estaba monísima. Su preciosa cabeza de estatua griega se destacaba admirablemente del rojo pañolón bordado con oro.

—¡Olé los cuerpecitos serranos! ¿No lo decía yo? ¡Vaya si estás guapa! ¿Cómo la encuentra usted?, señora Demetria.

—No debiera decirlo, porque es mi hija; pero está guapísima.

La besó entusiasmada. Luego se apartó un poco y comenzó á mirarla con ojos de artista.

—A ver, da una vuelta. Eso es: ¡pero que muy guapa! Anda unos pasitos. ¡Bien! Parece que has llevado esa prenda toda tu vida. ¿No opinas lo mismo?, Pepe Luis.

—¡La fija!, señora Demetria. Ahora sí que no podrás decir que sólo llevan mantón de Manila las estantiguas y las que subastan sus cuerpos por la calle.

Isabel reía satisfecha, y cambiaba de postura el pañuelo. Al fin se le puso como las tiples: con el pico por delante y recogiendo las puntas en los hombros. Parecía que le hubiese crecido el pecho, firme y vigoroso de ordinario, al destacarse de su talle pequeño, graciosamente ceñido.

Luego hablaron de la corrida de novillos que se celebraba el siguiente día en Madrid. José Luis alternaba con dos novilleros de fama, y había gran expectación. Isabel estrenaría el pañuelo. Las dió los billetes.

—Ya sabes: á las tres vendrá á buscaros Juan con la *manuela*. Siento que no vaya tu padre.

—A ese no hay quien le quite su mús—insinuó la señora Demetria.

—Bien sabe Dios que no quisiera ir á la plaza, Pepe Luis.

—¿Por qué?, bobalicona.

—Porque sólo iré á sufrir.

—Qué tonta eres. Si ya me conocen los toros...

Al despedirse en la escalera, la muchacha, poniendo el alma entera en sus palabras, le dijo:

—¡Cuánto te quiero!, Pepe mío.

Se marchó á casa del sastre para ver si estaba terminado el traje que debía estrenar en la corrida. Tuvo capricho de que se le hicieran del mismo color que el mantón de Isabel: raso rojo bordado con oro.

Luego fué en busca del señor Prudencio para entregarle dos barreras con intención de que pudiera ir con algún amigo. Así se aburriría menos.

El domingo amaneció espléndido, un domingo de Julio, de cielo azul y ambiente cálido.

Por la calle de Sevilla y la carrera de San Jerónimo, los aficionados deambulaban discutiendo acaloradamente. Aquella corrida había despertado gran expectación entre los madrileños, que al fin tenían un ídolo taurino, en cuyo altar quemarían incienso.

En el despacho se habían agotado los billetes, y los revendedores vendían á buenos precios los pocos que aún les quedaban.

Entre las hazañas que realmente hiciera José Luis, y lo que sus admiradores las habían exagerado, la fama del muchacho era inconmensurable. Y aquellos que le seguían y le impulsaron á cambiar las banderillas por el estoque y la muleta, lo pregonaban á voces, dispuestos á romperse la crisma con el que no reconociese que el *Tipógrafo* era el mejor matador de novillos.

Por la tarde, cuando José Luis montó en la jardinera para dirigirse á la plaza acompañado de su cuadrilla, todos los vecinos de la calle del Humilladero estaban en los balcones, y los que vivían en cuartos interiores, se habían apostado á la puerta. Querían decirle adiós y estrujarle antes de que el coche partiera. Era su paisano,

el torero madrileño, el ídolo que había de caldear la afición, bastante apagada por la falta de buenos toreros y ganado bravo.

Arriba, en los balcones de un piso tercero, la señora Paca, siempre de luto, con los ojos llenos de lágrimas, presenciaba triste aquella ovación que los vecinos hacían á su hijo.

—Buena suerte, muchacho.

—A ver si pones á Madrid donde debe estar.

—¡Duro con esos andaluces pintureros!

—Quítales los moños.

—Que vean que en Madrid también hay quien «se tira» como los propios ángeles.

Las mujeres comentaban la gallardía del muchacho.

—¿Ha visto usted qué guapo va?

—Es muy salao.

—Parece un ascua de oro.

—¡Qué traje! Lo menos le habrá costado ochomil reales.

Al fin pudo partir el coche por entre la apiñada muchedumbre. José Luis saludaba conmovido. Al dar la vuelta á la calle de Toledo, miró á los balcones de su casa. Su madre y sus hermanos le decían adiós con los pañuelos.

A pesar de que la corrida tenía muchos alientes y de que la tarde no era de las más calurosas, la ida á la plaza no ofrecía el pintoresco aspecto de otros tiempos. Los tranvías y los automóviles quitaban mucho esplendor al espectáculo. Vefanse muy pocas *manuelas*, y eran contadas las tartanas que con el cascabeleo de los caballos y el gritar de los mayores rompían la monótona marcha.

El señor Prudencio, acompañado por uno de los oficiales de la imprenta, montó en un tranvía. Iba lleno de aficionados. Después de saludarse, se contaban sus planes veraniegos.

—¿Adónde va usted?, amigo Ramón.

—A San Sebastián. ¡Vaya unas corridas las de allí, mi amigo! ¿Y usted, sale de Madrid?

—Me propongo ver todas las que toree el *Machaco*. ¿Sabe usted? Es mi ídolo, el que con más verdad mata. Voy á seguirle á través del mapa de España. ¡Vaya un niño! ¡Sesenta toros, sesenta estocadas!

—Sí; mata mucho; pero torea muy poco. A mí me gusta más el *Bomba*; es más completo.

—¡Hombre, no diga usted eso!, amigo Fernández. Si no mata apenas. Ya sabe usted: primero,

media estocada ventajista para quitar facultades, y luego, cuando el toro no puede ya con el rabo, entra de verdad. Pero en su vida ha dado una estocada completa.

Se enardecían en aquella discusión tonta y estúpida de si el *Bomba* era mejor que el *Machaco*, ó éste valía más que aquél.

Otros hablaban del *Tipógrafo*, del nuevo astro que había de eclipsar á los que ahora brillaban en el cielo taurino.

—¿Ha visto usted al *Tipógrafo*?

—Sí; toreó en Bilbao dos novilladas y quedó bastante bien. Se tira recto y tranquilo, como si los toros fuesen de mimbre y no pudieran hacerle daño.

—Dicen que va á quitar muchos moños.

—Yo sólo puedo decirle á usted que con el estoque y la muleta es muy valiente; aunque me parece que desconoce lo que se trae entre manos. En cambio, con las banderillas da ciento y raya á los mejores.

—¿Saben ustés adonde á nasío ese astro que debuta esta tarde?—preguntó un andaluz.

—Aquí, junto á la plaza de la Cebada—le contestaron.

—Entonces habrá que quitar jierro á lo que de él cuentan!

—¿Por qué?, señor mío.

—Los toreros y los toros, de mi tierra, y ná más que de mi tierra. Seviya y Córdoba, ó Córdoba y Seviya; como ustés quieran.

Surgió la bronca. Cada uno abogaba por los suyos. Era una lucha regionalista. Citaban toreros y ganaderías célebres. Pero los madrileños no se dejaban pisar. ¿Se habían olvidado ya de *Frascuero*, aquel coloso de la tauromaquia? Y en cuanto á ganaderías, ahí estaban la del Duque, la de Hernández, las de Colmenar. Estas últimas postergadas por culpa de los toreros andaluces, que sólo querían toros pequeños. ¡Los andaluces! Eran unos comerciantes sin pizca de afición. Venían á ganar miles de duros con sus danzas serpentinas y sus estocadas ventajistas. Ya no se conocía el toreo serio de Cayetano y Salvador. ¡Aquéllos sí eran toreros! Luego verían al *Tipógrafo*, que también era de lo bueno.

Cuando el tranvía paró cerca de la plaza, una *manuela* pasó junto á él. Iban en ella Isabel y su madre. La muchacha llevaba sobre la

capota del coche el mantón regalo de José Luis.

—¡Compare, vaya una criatura!—dijo el andaluz.

—Del barrio de... Triana, ¿verdad?—insinuó irónico el madrileño.

—Pué que lo sea, mi amigo. Y si no lo es, lo parese.

—Así se ganan las reputaciones. ¿Lo ven ustedes? Pues esa chiquilla es madrileña neta, del riñón, como quien dice. Nacida en Lavapiés, si el señor da su permiso.

—¡Pues no he de dar! Y hasta la camisa, si usted me la pide.

Y salió de estampía detrás de la *manuela*.



XIV



OLESTO en su barrera del 8, el señor Prudencio examinaba el abigarrado conjunto que ofrecía aquella muchedumbre, ebria de entusiasmo y ansiosa de emociones fuertes. También allí existía la división de clases: á la sombra, la gente adinerada; al sol, los «capitalistas», los verdaderos aficionados, aguantando una temperatura de 39°, y sin otro alivio que de vez en cuando echar un trago del «refrescante» Valdepeñas.

La plaza estaba totalmente llena, como en las grandes solemnidades.

Isabel atraía las miradas codiciosas de los hombres. Ocupaba una delantera de la grada décima, en la cual había extendido el pañuelo de vivos colores. En su linda cabecita rubia, de reflejos metálicos, brillaba como un granate co-

losal, un ramo de claveles rojos. Estaba pálida. Su enérgico pecho se agitaba á impulsos de un latir violento, angustioso.

Por todas partes encontraba el señor Prudencio caras conocidas. En una barrera vió un autor que imprimía los libros donde él trabajaba. No hacía aún un mes que le entregaron uno en que tronaba contra la fiesta taurina. El señor Prudencio había puesto su alma entera en aquel trabajo, por creer que el autor del libro era de los suyos. ¡Y ahora le veía con el entusiasmo del más ferviente taurófilo!

Volvió la cabeza asqueado. ¡Cuánta farsal!

A poco vió junto á él otro conocido. Era el director de una revista agrícola. En cada número publicaba aquel señor dos planas de prosa amazacotada, en las cuales decía verdaderos horrores del espectáculo que ahora venía á presenciar: «Mientras un patán sin educación pueda hacer una fortuna toreando, no tendremos agricultura, porque no habrá quien se dedique á trabajar la tierra.» Tampoco teníamos ganadería, y cada año se importaba más carne de la Argentina. ¿Cómo iba á estar floreciente España sin agricultura y sin ganadería, los dos

principales elementos de vida? Y de esto sólo tenían la culpa las corridas de toros, la fiesta bárbara y sanguinaria que nos tenía fuera del concierto de los pueblos civilizados. Llevaba una estadística minuciosa de las cogidas ó accidentes que ocasionaban los toros de lidia, y á cada percance que reseñaba ponía comentarios terribles.

El señor Prudencio preguntó á un acomodador que era del oficio:

—¿Conoces á aquel señor de patillas rubias?

—¿Don Rafael? Sí. Hace más de doce años que está abonado á esa barrera. ¡Es un gran aficionado y muy inteligente! ¿No ha leído usted sus revistas?

—¿Pero también escribe revistas de toros?

—Y de las leídas con mayor interés. Es una autoridad. Ya sabe usted, R.

¡Estaba bueno! ¡También aquél! ¡Pero es que no había ni un hombre formal! ¡Tanto escribir perrerías de la fiesta taurina, y luego eran los primeros en venir á refocilarse con ella!...

Siguió examinando la concurrencia: á su izquierda estaba un secretario del Congreso. Se le habían enseñado por el camino, al cruzarse

el coche con el tranvía. En los palcos distinguió personas conocidas, aunque no pudiera decir quiénes eran: las había visto en el Real, en los teatros, en las iglesias...; desde luego, eran personas distinguidas. En su constante escudriñar soltó una carcajada: en una barrera de sol estaba la «Anunciata», la famosa rubia que hacía veinte años venía exhibiendo por Madrid sus exuberancias de matrona italiana. Ya estaba hecha una ruina, llena de arrugas y muy pintada; pero con su mantón de Manila, color canario, aún había encontrado un «pardillo» que la pagara el billete y la hiciese sombra. Era un mozalbete imberbe, con cara de tendero de comestibles. Los compañeros de tendido se divertían á su costa; pero el «bello Narciso» se amartelaba cada vez más con los encantos de aquella sirena de sesenta años.

Cuando salieron las cuadrillas, el corazón de Isabel latía como si quisiera salirse del pecho. Su madre vió en seguida á José Luis, y se le mostró orgullosa:

—Mírale, viene en medio. Es el más garboso para andar. Ya te ha visto, y se sonríe el muy tuno.

La muchacha callaba. Sentíase acometida de mortal angustia. Le era imposible seguir allí. Quería marcharse lejos, muy lejos de aquel bullicio; encerrarse en una iglesia y rezar á la Virgen para que no ocurriese ningún percance á su José Luis. Se lo dijo á su madre.

—¿Estás loca?, chiquilla. Si ahora nos fuésemos, creería José Luis que te había ocurrido algo y no podría torear tranquilo. Ya sabes que su mejor condición cuando está junto á los toros, es la sangre fría. Con que si le vamos á quitar eso...

Se lo decía bajo, para no molestar á los espectadores que habían pagado el billete y tenían derecho á divertirse.

Dieron suelta al primer novillo, grande, basto, jabonero sucio, con los cuernos muy largos y agudos como puñales. Salió como disparado y arremetió valiente contra los picadores, tirándoles al suelo estrepitosamente. En una caída al descubierto, José Luis coleó al toro mientras los monosabios se llevaban al picador congestionado.

El público aplaudió al muchacho.

—¡Olé! ¡Bravo por el *Tipógrafo!*

—¡Viva Madrid!

—¡Eso es un quite valiente y oportuno!

—¡Bien empieza la tarde!

Los de las localidades de sol se volvían locos. ¿Habían visto? Era su ídolo, el madrileño, el que venía á quitar moños. Y le obligaban á saludar. Mientras, los del otro lado, los más sensatos, gritaban:

—¡Al toro! ¡Al toro!

—Primero, atender á los picadores; luego vendrá lo otro.

Cada vez que el toro se acercaba á un caballo, tirábale por alto con su jinete, como si fueran peleles rellenos de paja, de esos que ponen en algunos pueblos, en actitud grotesca, frente á la puerta del toril. Los batacazos impusieron respeto á la gente montada, y aculábanse junto á la barrera, simulando que espoleaban á los caballos, mientras que con la mano izquierda los contenían descaradamente para que no avanzasen.

El toro, encampanado y con las patas clavadas en la arena, reblandecida por anteriores lluvias, desafiaba á los toreros. Los espadas, que estaban muy trabajadores y adornados,

vociferaban á los piqueros para que avanzasen; pero ellos seguían la comedia, sin preocuparse gran cosa de los gritos.

Isabel se había tapado la cara con el pañuelo. Aquella tarde sentía cierta repugnancia hacia el espectáculo de que otras veces no se diera cuenta. Cuando José Luis coleó al toro, la joven no pudo contener un grito de angustia. Al ver como se revolvía la fiera, figuróse que al fin acabaría por clavar aquellos cuernos como puñales en las carnes de su hombre.

Un vecino de grada la impuso silencio:

—¿Es usted de pasta flora?, alma mía. Cuando no se tienen hígados para ver estas cosas se está uno en su casa zurciendo calcetines. ¡Vaya unas aficionadas de enjundia! Si por una simple caída piden ustedes el Viático, ¿qué van á pedir si le clava á alguno los cuernos?

Qué tormento el de la pobre muchacha. Y sin poder decir al grosero que así le hablaba que aquel muchacho en peligro era su alma, su vida, su todo. ¡Cómo comprendió en aquel momento lo azaroso de aquel oficio! ¡Cómo dió la razón á la madre de José Luis! Hacía muy bien cuando sostenía aquella lucha para quitarle de

la cabeza la afición al toreo. Ojalá lo hubiese logrado. Ya no había remedio.

Mientras realizaban el primer tercio, que al señor Prudencio le parecía interminable, observaba cómo una parte del público, puesto en pie, gritaba hasta enronquecer. Proferían palabras groseras contra los picadores, sin sentir una pizca de compasión por aquellos infelices, que procuraban salvar la pelleja para no dejar á sus familias en la miseria. Los llamaban ladrones, canallas, sinvergüenzas, hijos de tal... ¿Se habían creído que venían á picar toros de mazapán?

Chillaban los hombres; chillaban las mujeres; el secretario del Congreso estaba á punto de quedarse sin garganta.

Empezaron á tirarles las almohadillas, y entre la nube de proyectiles avanzó un piquero; pero antes de que estuviera en suerte arrancóse el toro: la pica, rota, quedó clavada en un brazuelo. Arreció la bronca:

- ¡A la cárcel ese granujal
- ¡Así echáis á perder los toros!
- ¡Que le multen!
- ¡Que le den... dos duros!

Viendo el señor Prudencio que entre los que más chillaban había muchos personajes de reconocida cultura, pensó si en las plazas de toros, como en los cuarteles, sería preciso dejar la educación colgada de la puerta. ¡Bonita psicología la de la fiesta taurina! Gozar con la desgracia ajena.

Tuvieron que meter al toro entre barreras para sacarle la astilla que el piquero le dejó clavada, y cuando el animal salió al redondel había perdido todas sus facultades. Le banderillaron de cualquier modo, y el espada le despachó de un bajonazo dado á la carrera. La cosa era salir del paso, porque, según decían los inteligentes, el «animal no podía ya con el rabo».

La salida del segundo produjo un gran escándalo: era pequeño y resentido de los cuartos traseros. El público pedía que le echaran al corral, y ante la resistencia del presidente, le amenazaban con los bastones y le gritaban:

—¡Burro! ¡Burro!

Aquella chota no era digna de la plaza de Madrid.

Un espectador propuso á los demás arrojarle

á la plaza, y varios comenzaron á bajar al rondel. Entonces el presidente dispuso que retirasen el toro. El que salió en su lugar era grande, pero con trazas de buey. Se espantaba de los capotes y no había modo de hacerle arriarse á los caballos.

Volvían al aburrimento de todas las tardes: aquella empresa no daba más que bueyes ó becerros. Y siguiendo la costumbre que habían empezado en las corridas de toros, los de un tendido gritaban:

—¡Fulanooo!

Y contestaban los del otro:

—¡Ladrooon!

Seguían gritando; pero con cierta cadencia, como si entonasen un cántico para no dormirse.

Otros miraban á un palco, en el fondo del cual suponían oculto al empresario, y le amenazaban con los puños. Si un día le arrastrasen, no abusaría más de los pacientes aficionados.

Empezaron las palmas guasonas, las que tanto molestan á los toreros. Si uno echaba un capote, palmas; si otro se limpiaba la cara con el pañuelo, palmas; palmas al que corría, al que

se paraba, al que ponía las manos en la barreira; palmas á todos y por todo; pero palmas cien veces más agresivas que las broncas anteriores.

El tercero era otro buey. Al verle salir, José Luis se mordía las manos de rabia. No iba á poder lucirse, y tal como estaba el público, se ganaría una bronca. ¡Bonitamente iba á dejar á quienes le diputaban por ídolo, á los fanáticos que esperaban ver resurgir en él, en José Luis, el coloso de los colosos, el gran *Frascuelo*, nada menos.

Como al segundo, á éste también le fogearon; con lo cual perdió José Luis la ovación que de seguro habría alcanzado si hubiese puesto banderillas. Pero ¿quién banderillea á un pavo que huye hasta de su sombra, y sólo arranca cuando espera coger al torero?

Mientras el *Tipógrafo* brindaba, la gente hacía comentarios. Mala suerte tenía el pobre debutante: con bueyes así era imposible lucirse.

El muchacho avanzó resuelto, con aquella sonrisa inconsciente que le era característica. Ordenó que le dejaran solo, y con la muleta plegada en la mano izquierda, llegó hasta los mismos hocicos del toro. Allí extendió el trapo

rojo, sereno, confiado. Notábase en él deseos de hacerse aplaudir; y como no podía conseguirlo más que derrochando su temerario valor, se entregó al toro por completo. Desafiábale con la voz, pateando el suelo, de todos modos, y el animal inmóvil, como si fuera un pedrusco. Cambió de mano la muleta, y entonces el toro presentóle las ancas y salió corriendo.

Comenzó una lucha desesperada: el toro dando vueltas alrededor de la barrera; el torero persiguiéndole, sin conseguir que le tomara la muleta una sola vez.

—A ese toro hay que matarle de un tiro—decía uno.

—A la media vuelta—indicaba otro.

—¡Vaya una perita en dulce que le ha tocado al madrileño!

—Como que guardan estos regalos para los infelices que empiezan.

José Luis estaba nervioso, frenético. Había perdido la noción del tiempo, del lugar... Sólo veía una gran masa de cabezas que bostezaban y un buey ladrón y de malas entrañas que no hacía más que dar vueltas.

Vino un alguacil y le indicó que ya iban dos.

avisos. Entonces, dispuesto á jugarse la vida antes que ver salir los cabestros, arrimóse á la barrera y á pie firme esperó al toro. Cuando llegó, el choque fué brutal: hombre y fiera cayeron al suelo en un montón informe, y mil gritos de horror se escaparon de las gargantas. La cogida debía haber sido gravísima. Los que estaban cerca del sitio en que había caído José Luis pudieron apreciar que le retiraban rígido, con la mano izquierda puesta encima del corazón.

Un espasmo de terror corría por la plaza. Algunos iban hacia la enfermería para enterarse; otros se retiraban conmovidos; los más esperaban. Ya dirían qué era ello.

Las mulillas arrastraban al toro.

Rabioso é indignado por la calma estoica de aquellas gentes, que aún eran capaces de seguir en sus asientos esperando la continuación del espectáculo, salió el señor Prudencio del tendido. ¿Adónde iba? Quería ver á José Luis, saber la magnitud de la desgracia. Pero desconocía lo interior de la plaza. Buscando por el callejón una persona que le diera noticias, encontróse con Isabel, que venía corriendo como loca, con

el cabello suelto como una cascada de aguas auríferas y el mantón de Manila arrastrando.

Al verle se agarró á su brazo. Llena de angustia, le dijo:

—¿Usted me llevará á la enfermería, verdad? Nadie quiere hacerme caso, señor Prudencio. Dicen que mi Pepe Luis ha muerto; pero no será cierto, ¿verdad?

Y como le viera silencioso, repitió:

—No será cierto, ¿verdad? Dígame usted que no ha muerto, señor Prudencio; que exageran quienes eso afirman.

Iban corriendo por los pasillos, tropezando con los que habían salido á alguna cosa urgente y regresaban presurosos á sus localidades. Nadie les hacía caso, ni siquiera se enteraban de su dolor.

Cuando llegaron al patio de caballos supieron la terrible noticia. Sí; había muerto. Llegó á la enfermería agonizando. Aquel buey marrajo, á quien no debía haber entrado á matar de frente, sino de cualquier modo, le había partido el corazón de una cornada.

¡Lástima de muchacho!

Isabel no pudo escuchar las últimas palabras:

había caído desvanecida en brazos del señor Prudencio. La llevaron á casa del conserje, y allí las mujeres de los empleados le prodigaron consuelos. Ya repuesta, la permitieron entrar en la enfermería. Quiso ver á su Pepe Luis, quedarse á su lado hasta que se le llevaran al cementerio.

Apenas entró arrojóse sobre él y le cubrió de besos; luego cogió aquel mantón, con tanto anhelo esperado, y se le echó por encima, mientras decía al médico, que enternecido contemplaba la escena:

—Señor, quiero que le entierren envuelto en él. ¿Lo harán ustedes así?

El médico se lo prometió. Isabel arrodillóse junto á la cama, llorando en silencio.



Afuera, en la plaza, se oía una ovación formidable. El sexto toro había resultado bravo y cayó muerto de una estocada soberbia.

ERRATA

Entre algunas otras que el amable lector sabrá corregir, conviene subsanar una errata que se ha deslizado en la página 66, línea 23. En lugar de *vallas*, que ahora dice, debe leerse *calles*.

NOVELAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS:

La hija del usurero (novela premiada), segunda edición.

Almas rústicas.

El mantón de Manila.

DE PRÓXIMA PUBLICACIÓN:

Nobleza obliga.

Ciencia y Materia.

Los falsos ídolos.

EN LA «IMPRESA IBÉRICA».
MADRID, CALLE DE LAS PO-
ZAS, NÚM. 12, Á LOS VEINTE
DÍAS DEL MES DE SEPTIEM-
BRE DE MCMIX.



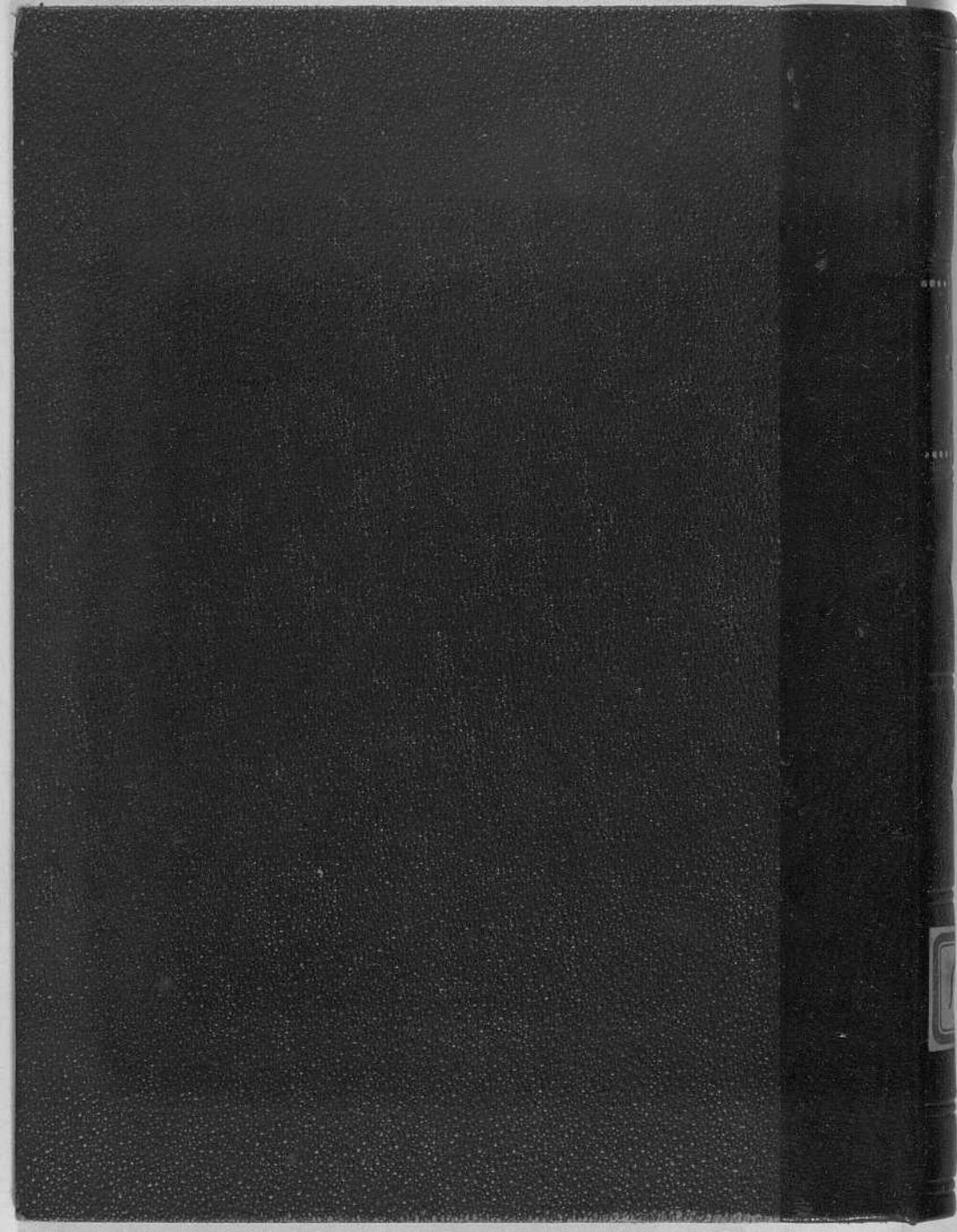


MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número.	878	Precio de la obra
Estante .	2	Precio de adquisición
Tabla . . .	6	Valoración actual
Número de tomos	



MAESTRE

EL MÁNTON

DE

MANILA

